6506

Joaquín Dicenta (hijo) y Manuel Carballeda

MARIETA

(BAIXANT DE LA FONT DEL GAT„)

Principales personajes de la obra.

Tragicomedia popular catalana, escrita por

Amichatis y Mantua'

Copyrich By J. Dicenta (hijo) y Manuel Carballeda

MADRID.—SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, NÚM 24
1925

3

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/marietatraduccin1473amic

MARIETA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hòlande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Joaquín Dicenta (hijo) y Manuel Carballeda

MARIETA

(«BAIXANT DE LA FONT DEL GAT»)

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE
LA TRAGICOMEDIA CATALANA
EN CUATRO ACTOS EL CUARTO
DIVIDIDO EN TRES CUADROS)

Escrita por

Amichatis y Mantua

Estrenada con gran éxito en Madrid, el día 16 de diciembre de 1924.

CUENCA
Talleres Tipográficos
J. VELASCO
1925

PERSONAJES

MARIETA	Concha Torres.
TERESINA	Almudena Medina.
ASUNCIÓN	A. Sánchez Ariño.
CAYETANA	María Cuevas.
SIRVIENTA 1.ª	Manolita Méndez.
SIRVIENTA 2.ª	S. García.
SIRVIENTA 3.ª	(No habla).
H.ª DE LA CARIDAD	Emilia Urcola.
UNA VIEJA	Concha Bermejo.
LA CÓMICA	E. Urcola.
LA VECINA	Soto.
UNA CRIADA	(No habla).
EL SR. CLEMENTE	Sr. Calvo.
SEBASTIÁN	Sr. Armet.
PABLO	María.
EL SR. RAMÓN	García Alvarez.
JACINTO	Cornejo.
TOMASETTI	Sáez.
NANDO, DE LA BOQUERÍA	Alonso.
EL RECTOR	Hernández.
EL TONELERO	Hernández.
UN HOMBRE	(No habla).
UN FRAILE	Hernández.
UN ENFERMERO	González.
SOLDADO 1.º	González.
SOLDADO 2.º	(No habla).
UN JOVEN	N. N.
UN VIEJO	Sáez.
UN PANADERO	(No habla).
EL HORCHATERO	N. N.
EL MOZO DE LA TIENDA	N. N.
UNA MUJER	(No habla).

Soldados, frailes, panaderos, hombres y mujeres del pueblo, niños.

La acción en Barcelona, en el año 1840.

La del último cuadro en nuestros días.

EE 1086

PUEDEN DOBLAR PAPELES

La Vecina con la Sirvienta 3.ª, que no habla y con la Criada del último cuadro.

La Cómica con la Hermana de la Caridad y la Vieja del último cuadro.

Tomasetti con el Viejo del último cuadro.

El Zapatero con el Rector y un Fraile.

Un Joven con el otro Fraile, que no habla, el Horchatero y el Enfermero.

Un Panadero con el Mozo de la Tienda, el Soldado 2.° que no habla y el Soldado del último cuadro que no habla tampoco.

El Director de escena puede variar estos dobles, haciéndolos más de acuerdo con la cantidad de los actores disponibles y las exigencias de la obra. Debe también tener muy en cuenta que el ambiente y la indumentaria de mediados de siglo son parte principalísima en el buen resultado de la interpretación, debiéndose atener en lo más posible a los grabados que ocupan las cubiertas de este ejemplar.

ACTO PRIMERO

La plaza de San Agustín Viejo. Al fondo la calle que va hacia el Portal Nuevo. A la izquierda en primer término, fachada de una casa señorial y una tienda con un rótulo que dice: «Pintor, decorador y grabador». A la derecha, en primer término, fachada de una casa modesta con una tienda en cuya puerta se lee un rótulo que dice: «Peinadora» y, bajo él, como muestra, hay una lazada de cabellos que ya no se sabe de qué color fueron. Esta casa tiene un balconcito y una ventana con celosía; ambos huecos practicables. Al lado de la tienda hay una fuente con tres grifos.

La acción empieza a la caída de la tarde del día 5 de Junio de 1840. El sol se pone y sus últimos destellos son salpicaduras de púrpura en el horizonte lejano. Un estruendo de campanas ensordece la plaza. Se oye el ritmo monótono y acompasado de las canciones de unos chiquillos que se supone que cantan en una escuela pública. De vez en cuando llegan salvas del fuerte de la «Ciudadela». Las fachadas de las casas están adornadas con damascos y banderas españolas.

Se celebra una fiesta ciudadana: la entrada de los «Cristinos» en Morella, hecho que aconteció el 30 de Mayo del mismo año. A la par que vaya obscureciendo van encendiéndose las iluminaciones de los balcones y de las ventanas; consisten en vasitos de colores dentro de los que arden lucecitas de aceite.

Forman grupo cerca de la tienda del pintor, el Señor Clemente, alcalde de barrio, la Cayetana, una muchacha joven y linda; el Sebastián, uno de esos republicanos que ven en la calle un montón de piedras y piensa enseguida en levantar con ellas una barricada y el Sr. Tomasetti, un italiano que quiere que todos trabajen para él. El Sr. Clemente, en medio del grupo, lee el «Brusi» del día. Escuchan a su lado la Cayetana, Tomasetti y Sebastián que, sentado a la puerta de la tienda, da los últimos toques a un marco para espejo ovalado. En la ventana de la celosía, Teresina riega una maceta de claveles mientras entona una copla popular. En las fuentes, unos mozos de la panadería, llenan cubos de agua. Unos frailes, cogen limosnas de unos y de otros y las meten dentro de una espuerta.

VOCES. (*De los chiquillos que cantan en la escuela*)
«Os damos gracias, Señor...»
etc.

FRAILE. (*A un vecino que le da limosna*). Que Dios Nuestro Señor, os aumente la caridad y os bendiga, hermanitos. (*A Teresina que canta en la ventana.*) Joven, usted que es tan feliz, puesto que canta tan alegre, ¿no tiene algo que dar a estos pobres desgraciados?

TERES. Tome, hermano.

FRAILE. El Señor se lo pague.

TERES. ¿Van a seguir pidiendo por la ciudad?

FRAILE. No; la tarde cae y ya nos vamos al convento para llegar antes que sea de noche.

TERES. Es verdad. ¡Tenéis tanta distancia que recorrer!

FRAILE. ¡Qué le vamos a hacer, hermanita! Hace cinco años vivíamos en la misma Barcelona, pero las revoluciones nos hicieron mudar de casa...

TERES. Dios lo quiso así.

FRAILE. Dios... y los revolucionarios. (*Los chiquillos salen de la escuela corriendo y gritando como pájaros en vuelo. Los frailes se alejan rezongando sus rezos y sus súplicas.* (1)

CLEM. Entre las campanas de la ciudad, las salvas de la «Ciudadela» y el bullicio de los chiquillos no hay forma de entenderse..

TOMA. Siga, per la Santa Madona...

CAYET. Continúe leyendo, señor Clemente.

CLEM. ¿Dónde estábamos?

CAYET. Estábamos en aquello de «Habitantes de Barcelona».

SEBA. Que es lo mismo que si se dijese: Corderos de buena pasta...

CLEM. Calla, calla, revolucionario.

SEBA. A mucha honra.

CLEM. Aquí era. (*Leyendo.*) «Habitantes de Barcelona: El árbol de la paz extiende ya sus frondosas ramas por todo el mediodía de España. Pronto llegará su benéfica sombra a las faldas del Pirineo. El caudillo Espartero ha vencido en Morella y no tardará en plantar el ramo de olivo y el pendón constitucional de 1837 y de Isabel II, en todos los fuertes carlistas de la alta Cataluña. Lo que digo al pueblo para su regocijo, recomendando que engalanen los balcones al paso de la retreta en prueba

(1) En los sitios donde sea difícil encontrar chiquillos, puede suprimirse esta salida.

de la alegría que nos produce tan fausto acontecimiento. Casas Consistoriales, etcétera, etc. Por disposición del Excelentísimo Ayuntamiento, etc., etc., etc.

SEBA. Y echa morcilla al puchero que, en cuanto consiga mandar en todas partes, «el liberal caudillo» se convertirá en el conservador tirano.

TOMA. (*A Sebastián.*) Trabaca y calla. (*A Clemente.*) ¡Cuesto va bene, señor Clemente!

CAYE. Tiene razón el Ayuntamiento. ¡Venga bullicio, iluminaciones y juerga! ¡Y hágase baile en San Agustín Viejo!

CLEM. (*A Sebastián.*) Aprende de esta liberala.

CAYET. ¿Liberala? Bueno. Como usted quiera. A mí se me da un comino que ganen los liberales, los carlistas o los republicanos. Lo importante es que gane alguien, que por si ganan los unos o los otros siempre habrá motivo para baile y para que nos divirtamos los que somos jóvenes... Así da gusto vivir en Barcelona.

CLEM. Justo. ¡Y que viva Espartero!

TOMA. ¡Viva!

CAYET. Que viva Espartero o que viva la Pepa con tal que me divierta yo.

CLEM. Y tú, Sebastián, ¿no dices nada?

SEBA. Trabajo... El que trabaja tanto como yo no está para bailar cuando les viene en gana a los tiranos...; que gane este o que gane aquel, yo tendré que seguir trabajando como un burro para que otros vivan como príncipes...

CAYET. Pues no trabajes más, muchacho, que ya es bastante rico tu amo y hoy es fiesta nacional.

TOMA. ¡Per la Santa Madona!... ¿Cómo que no trabaque?

CAYET. ¿Pero no oye usted que ha entrado Espartero en Morella?

TERE. (*Asomándose a la ventana.*) ¡Cayetana!... A ver si vas a lo que te he mandado que mañana es sábado y tu trabajo no es dar conversación a esa patulea. (*Cayetana hace mutis por foro izquierda.*)

TOMA. ¿Patulea?

CLEM. ¡Que siempre ha de insultar esta mujer!

SEBA. Patulea que está dispuesta a todo por esa cara tan preciosa.

TERE. No será tanto...

SEBA. (*Levantándose y yendo hacia la ventana.*) Constitucional me haría yo si la reina gobernadora fueses tú. (*Habla con ella.*)

TOMA. En cuanto ella le mira se acabó el trabaco...

CLEM. Es que la peinadora no está mal...

TOMA. No está mal, no, pero tiene una lengua...

CLEM. Eso es verdad. No la hay peor en toda Barcelona.

TERE. (*A Sebastián.*) ¿Me acompañarás a oir la música de la retreta?

SEBA. Hasta el cielo iría yo contigo. Te acompañaré y después te convidaré a un refresco del Tío Nelo.

TERE. Lo del refresco lo dejaremos hoy que tenemos que ahorrar para ir el domingo a la Fuente del Gato, para que nos vean juntos y rabien algunos que nos tienen envidia.

LA CÓ. (*Entrando en escena por foro izquierda.*) Buenas tardes, Teresina. ¿Tienes mucha gente?

TERE. Nadie.

LA CÓ. Me alegro porque no sabes la prisa que tengo. Vas a peinarme corriendo. Esta noche tengo que representar una comedia que se llama «Hay que hacerse el amor con peluca» y aún he de ir a probarme el traje.

TERE. Pues pase a peinarse si no quiere perder tiempo.

LA CÓ. ¿Perder tiempo? ¿Pero no has oído que tengo mucha prisa? (*Entra en el taller.*)

CLEM. ¿Quién será esta?

SEBA. Una cómica. ¿No ha oído usted que tiene que hacer esta noche una comedia que se llama «Hay que hacerse el amor con peluca?» (*Teresina se ha retirado del balcón.*)

CLEM. Me recuerda a cierta persona que vi en Huamananga.

SEBA. (*Riéndose.*) Eso debe caer en el país de los indios bravos ¿no?

CLEM. Tú, como no has viajado, crees que el mundo se acaba en la Cruz Cubierta.

TOMA. No le haga caso. Es un bromista.

CLEM. Le conozco bien.

SEBA. Para algo es alcalde de barrio.

TOMA. L'homo más populare de la ciutá.

SEBA. Conoce hasta las ratas.

CLEM. ¡Que si conozco...! Conozco a los que viven... y a los que han de nacer. Soy amigo del Tío Fresco y de Pedro Sin Miedo; conozco a Pedro Botero, a Roberto el de las cabras y hasta a Sebastián el revolucionario.

SEBA. ¡Qué me ha de conocer usted a mí!

CLEM. Desde que fuiste aprendiz en casa de Musiú Pampó, en la calle de las Tapias.

SEBA. Allí empecé a ser hombre.

TOMA. Parla, hombre, parla, pero trabaca.

SEBA. ¡Qué días aquellos!...

CLEM. Entonces estabas en relaciones con la Marieta.

SEBA. ¡No la nombre usted, señor Clemente! Esa mujer se ha muerto para mí.

CLEM. Pues parece que os vais siguiendo los pasos. Ella dejó aquel barrio y se vino a vivir a este y no pasó mucho tiempo sin que tú vinieras a pedir trabajo a esta tienda...

SEBA. Casualidad, señor Clemente.

CLEM. ¿Estás seguro de que solo es casualidad?

SEBA. Bueno, dejemos la conversación y hablemos de otra cosa.

CLEM. ¡Desgraciado!

TOMA. ¿Disgraciato? ¡Ah, gioventú! Mangia, bebe, gana un bon giornal, tiene trabaco, salute, gioventú... ¿Qué le falta?

SEBA. Dinero para descansar y república.

TOMA. Trabaca, trabaca y déjate de tonterías. (*Entra en su tienda.*)

SEBA. ¡Trabaca!... ¡Trabaca!... Suerte que un día vendrá la mía y...

CLEM. ¿Quiéres callar?

SEBA. ¿Callar? Ahora menos que nunca. Usted leerá «¡El Brusi!», su periódico, pero yo también leo el mío. Usted y la ciudad celebrarán la victoria de Espartero con fiestas y con iluminaciones, pero yo no tardaré en celebrar la victoria de mis ideales. Mire. (*Dándole un periódico.*)

CLEM. «El Republicano»... Una autoridad no puede leer esos papeluchos.

SEBA. Lea, señor Clemente, que ahora no le ve nadie. Aquí viene esa canción que escribió Abdón Terrales, aquél republicano que emigró a Francia cuando lo de Figueras. Escuche. Es la canción de la República. (*Leyendo.*)

«Ya la campana suena,
el cañón ya retruena...»

CLEM. Basta. Siempre pensé que eso de la República eran canciones y música celestial.

SEBA. Fíjese, fíjese. (*Leyendo.*)

«Al arma, amigos míos,
a la victoria vamos...»

CLEM. Basta. Que te olvidas que soy alcalde de barrio.

SEBA. Es que yo cuando hablo, sé que llevo razón y ni la misma Reina Gobernadora me haría callar.

CLEM. Pues yo te quiero bien y voy a darte un consejo. Piensa que las paredes oyen. A lo mejor van con el soplo y para volver de Chafarinas tiene que atravesarse mucha agua. La otra tarde, en el café de la Amnistía, hablaste demasiado... Sebastián, la República te ha hecho perder el juicio.

SEBA. ¿La República? No, señor Clemente, con usted quiero ser franco. Quien me ha hecho perder el juicio es ella, la Marieta. Por eso desde que ella me dejó me he metido en políticas, para ver si un día, por hablar demasiado, por meterme en conspiraciones o por hacer barricadas en medio de la calle, acaban por llevarme a Chafarinas para que yo no pueda volver al lado de ella, aunque lo desee, o me dan cuatro tiros para que en ella deje de pensar.

CLEM. ¡Y me decías que estaba muerta para tí!

SEBA. ¡Ojalá lo estuviera! La culpa de nuestro disgusto la tuvo su tío, el escribiente de la plaza de la Trinidad. Empezó a decirle a la chica que yo era un cabeza loca, cuando yo era un bendito que me pasaba la vida en mi trabajo, pensando nada más que en hacerme hombre para hacerla a ella mi mujer. Y tanto habló su tío de mí que Marieta me dejó y cuando murió su tío ya estaba en relaciones con Pablo, ese mocoso de labrador que porque su abuela tiene algún dinero me ha engatusado a mi Marieta.

CLEM. Y mientras Pablo hereda, la Marieta trabaja. Si levantara la vista la señora Remigia y viera a su hija de criada...

SEBA. Y mire usted, señor Clemente. Yo creo que ese mozo no lleva buen fin con Marieta. Y si es así, que ande con cuidado. Yo sé que Marieta no me quiere y si Pablo se casa con ella, haré de tripas corazón y lloraré mi pena donde no me vea nadie. Pero si él lleva otras intenciones y sin casarse la engaña y la hace suya... ¡Que no lo haga, señor Clemente, que no lo haga!

CLEM. Me das lástima. Las mujeres te hacen bailar como un peón y haces mal en bailar.

SEBA. ¿Qué quiere usted decir?

CLEM. Que Marieta vive en este barrio y por eso te debes tú marchar de él. Talleres de pintor hay en todos los contornos de la ciudad y aquí eres como el barreno de una mina, que estallará el día menos pensado.

SEBA. No le entiendo.

CLEM. Yo no creo como tú que Pablo lleve malas intenciones con la Marieta. Sé que ahora, Pablo el labrador, como tú dices, es soldado, pero un buen día se licencia y se casa con la muchacha... Y créeme, no da gusto ver a la mujer que uno quiere en brazos de otro, aunque este otro sea su marido...

SEBA. Portándose Pablo bien, nada podré hacer yo. Ya ve usted que mientras las cosas van por buen camino, en nada me meto... Hasta me he puesto en relaciones con la Teresina...

CLEM. Esos amores tuyos con la peinadora, no son más que para dar celos a la Marieta... Y estos amores te costarán más lágrimas que agua tiene el mar Mediterráneo.

SEBA. ¿A mí? ¿Por qué?

CLEM. Sé que voy a herir tu amor propio, pero escucha. Esta Teresina que ahora te trae y te lleva, era la antigua prometida de Pablo, del que hoy es novio de la Marieta y como está enrabiada porque la Marieta le quitó a Pablo, se ha puesto en relaciones contigo... Y tú estás aquí como el alma de Garibay; tú eres el muñeco que ella tiene para dar celos al otro... Créeme Sebastián, esta peinadora es un gato viejo, una bruja que lo mismo hace un moño que un lío.. (*La Teresina, que ha salido de su tienda, escucha las últimas palabras.*)

TERE. Siga, hombre, siga... Yo tendré mala lengua pero la de usted es un hacha.

CLEM. ¡La Teresina!

TERE. Habla usted así de mí porque no tengo ningún hombre que me defienda.

SEBA. Teresina, escucha..!

TERE. Ya he escuchado. Y lo sabrán en todas partes, y llegará hasta el General Espartero, que yo haré que se lo escriban en un papel.

CLEM. ¡Señora!

TERE. ¡Espía! ¡Murmurador! ¡Alguacil! ¡Verdugo! ¡Alcalde de barrio! ¡Que solo sirve para ponerme multas si pongo a secar los paños en el balcón o si saco a la calle los cabellos de la parroquia... Valdría más que prendiera al tabernero por echar agua al vino o que se dedicara a dar la morcilla a los perros y hasta que tomase usted una poquita que puede que le haga alguna falta. Pero es menos expuesto insultar a una industrial honrada que vive de su trabajo...

SEBA. ¡Teresina!

TERE. ¿Y tú eres Sebastián, el republicano? ¡Tú que vas a ser republicano si aún no le has hinchado a ese las narices!

CLEM. Señora, mire que si la oyen los vecinos me veré precisado a prenderla...

TERE. ¿A mí? Si habré cometido un crimen por dejarme insultar...

LA CÓ. (*Saliendo de la tienda a medio peinar.*) Pero, Teresina, ¿me peinas o no? Mira que tengo prisa.

TERE. Ya voy. Primero tengo que peinar al alcalde. ¡Que ya es difícil! (*En el foro aparecen los panaderos, mirando curiosamente.*) ¿Por qué no se mete usted con esos panaderos que salen a ver lo que ocurre y que nos dan el pan falto de peso?

LA CÓ. Pero, mujer, que ya te he dicho que tengo que representar esta noche en el teatro «Hay que hacerse el amor con peluca».

TERE. ¡Pues hágalo sin ella!

CAYET. (*Entrando en escena por foro izquierda con un envoltorio en la mano.*) Señorita, ya está aquí esto.

TOMÀ. (*Saliendo de su tienda*). ¿Ma que cosa sucede?

TERE. Es este tío forastero que después de comer el pan de Barcelona todavía nos insulta. ¡Forastero!

CLEM. ¡Señora!..

SEBA. ¡Calla!

TERE. ¡No me da la gana!

UNA VE. (*En el balcón de la casa del pintor.*) ¿Quieren hacer el favor de callar que hay enfermos?

UN PE. ¡Que se nos estropea la pasta!

TERE. ¡Forastero, más que forastero!

CAYET. Calle, maestra.

TERE. ¡Que no me da la gana!

TOMA. ¡Ma que aceleratte es cuesta donna!

CLEM. Vaya, se acabó. Soy castellano y a mucha honra. Pero soy un hombre que se ha hecho viejo en esta ciudad y aquí me

enamoré, y de aquí eran mis dos hijos que han muerto por defenderla y yo mismo, el año nueve, cuando usted no había nacido, tomé parte en una carga de los mamelucos de a caballo de Napoleón y caí acribillado a balazos delante de la casa de Marco de Reus. Y he estado dos años en Francia prisionero, y tengo una cruz, y tengo años, y tengo reúma y no tengo dinero. Todo eso he ganado yo en Barcelona. Ahora dígame si un ciudadano así no puede decir a los hijos de Barcelona cómo se gobierna un barrio.

TOMA. Ma no se me excite, per Dío.

TERE. No, si aún tendrá razón.

CLEM. Y silencio Y cada uno a su casa. (*A los panaderos.*) Vosotros al horno. (*A la vecina.*) Usted a poner cataplasmas. (*A la cómica.*) Y usted a que la peinen.

LA CÓ. ¡Pero si no pido otra cosa! (*El señor Cayetano hace muy dignamente mutis. Todos los personajes se han ido retirando conforme a las órdenes del Alcalde.*)

TERE. Vaya unos modos. La culpa la tengo yo por hablar con educación a quien no entiende.

SEBA. Cállate ya, mujer.

TERE. Tú a trabajar.

TOMA. Bien dicho. Tú a trabacar.

CAYET. No se enfade, maestra.

TERE. Tú a fregar platos.

TOMA. Escuche, Teresina...

TERE. Usted a aprender a hablar claro.

TOMA. Me está bene, me está bene... ¡Maladetta! (*Cayetana entra en el taller de peinar y Tomasetti en su tienda.*)

TERE. (*Llorando.*) Bien empleado me está por confiada, por escuchar a quien no debo, por tener buen corazón...

SEBA. Pero, mujer...

TERE. Eso, ahora venme con arrumacos, pero cuando ese mal hombre me insultaba bien callado estuviste.

SEBA. ¿Qué querías que dijera?

TERE. Lo que dice todo hombre que quiere a una mujer. Pero a tí todo te es igual. Si se hubiese tratado de la Marieta, ya hubieses obrado de otro modo.

SEBA. ¿Quién habla de Marieta?

TERE. Tú; tus ojos que si la ven pasar la siguen hasta que la pierden de vista. ¿A qué sales a la plaza a estas horas más que para verla cuando viene a la fuente? En cambio yo, por culpa tuya, voy de boca en boca por el barrio.

SEBA. ¿Quién hace caso de las habladurías de la vecindad?

TERE. Habladurías que van a acabarse muy pronto. Como muy pronto va a acabarse que esa Marieta venga aquí a ver si te encela paseándote su Pablo por los ojos.

SEBA. ¿Lo hace ella por encelarme a mí o él por encelarte a tí?

TERE. A mí ese hombre no me importa nada.

SEBA. Nada a mí me importa esa mujer.

TERE. Lo que que yo te digo, Sebastián, es que no estoy dispuesta a que por culpa de esa Marieta sirva mi honra de diversión a los murmuradores. Me van a obligar a que haga algo gordo y lo haré. Que lleve cuidado ese soldado no le señale la cara con mis uñas.. Y a ella... a ella...

SEBA. Tú no harás nada contra ella.

TERE. ¿Ah, te molesta? Pues has de saber que la Asunción, esa que tiene un puesto en el barrio viejo, esa vieja que yo peino...

SEBA. Bueno, ¿qué?

TERE. Pues a la Asunción la han dicho que el otro día, en la buñolería que hay enfren-

te del portal del Mar, se burlaban de nosotros los dos.

SEBA. ¿Quiénes?

TERE. Pablo y Marieta. Ella decía de tí que te dejó por pobre, él que tuvo que abandonarme por no sé qué cosas que había entre el señor Antón, el barbero y yo.

SEBA. No hagas caso de lo que te cuenten.

TERE. ¿Qué no haga caso? Pues ya verás luego, cuando venga ella a la fuente, lo que voy hacer con su lengua.

SEBA. Tú no harás nada.

TERE. ¡Cuidado conque nadie la ofenda! Ni que se tratase de la Reina Gobernadora.. .Sí que se te ha clavado honda la espina...No niegues que son tus celos los que hablan.

SEBA. No es eso mujer, es...

TERE. Es que, Pablo, ese niño bonito, es muy poco hombre para burlarse de Teresina, la peinadora.

SEBA. Ahora es a tí a quien los celos hacen hablar.

TERE. ¿Celos yo de un soldado?

SEBA. Calla, que vuelve el señor Clemente y no quiero más cuestiones.

TERE. Y viene con el señor Ramón. Otro viejo de cuidado.

CAYET. (*En el balcón.*) ¿Maestra, enciendo ya las luminarias?

TERE. No; espera que subo.

CAYET. Dice aquí la cómica que si es que no piensa usted acabar de peinarla.

TERE. Dila que ya voy. (*Entrando en la tienda.*) ¡Así se quedase calva!

TOMA. (*A Sebastián. Saliendo de su tienda.*) Per Dío, tú me voles roinar... No trabacas, no trabacas.

SEBA. No tenga miedo, que si no acabo ahora volveré después que haya cenado. (*Por*

el fondo derecha aparecen el señor Clemente y el señor Ramón.)

RAMÓN. Buenas tardes, Tomasetti.

TOMA. Dando un paseíto, ¿no?

RAMÓN. Vengo de merendar en el Criadero y después he dado la vuelta por la muralla de arriba para entrar por el Portal Nuevo.

SEBA. (*Recogiendo sus trastos porque oscurece.*) Ese es el trabajo del rentista.

RAMÓN. Es la suerte que tenemos los hijos de los padres que trabajaron para nosotros.

SEBA. Y que al morir sólo les dejaron una obligación: Vivir muchos años lo mejor posible.

CLEM. Y hacer sufrir a las muchachas ¿No es así, señor Ramón?

RAMÓN. No me puedo quejar. Muchas he conquistado.

SEBA. El que tiene dinero compra todo aquello que se quiere vender.

RAMÓN. ¿Quieres decirme que me aprovecho de...?

SEBA. No quiero decir nada. Sé que cuando usted frecuenta tanto un sitio es porque hay unas faldas que le atraen. Veo que hace algunas tardes pasea usted por aquí y supongo que alguna de las mozas que vienen a la fuente por agua...

TOMA. (*Cortando la conversación.*) Y questa note a ver las iluminares, ¿no?

RAMÓN. Como buen ciudadano. Yo siempre celebro el triunfo de los que ganan... si son los que mandan. Soy un hombre de orden.

TOMA. Ma ¿qué lee nostre alcalde?

RAMÓN. Un papel que le han dado en la guardia del Portal Nuevo.

SEBA. ¿Es otra victoria de los cristinos?

CLEM. Si supieran lo que pasa...

OTROS. Diga, diga.

CLEM. En el barrio hay una conspiradora.

SEBA. ¿Eh?

RAMÓN. ¿Quién es ella?

CLEM. Una tal Asunción que lo mismo vende pólvora a los carlistas que a los cristinos.

TOMA. ¡Porca di donna! ¡Tutto per el dinero!

CLEM. Y tengo la orden de prenderla. Pero vámonos a su tienda que aquí ha de venir y quiero sorprenderla en pleno delito.

TOMA. Pasen, pasen ustedes.

RAMÓN. Yo me quedo aquí, tomando la fresca.

CLEM. Entre usted con nosotros aunque sea un momento.

SEBA. Entre, señor Ramón, que aún tardarán las chicas en venir a la fuente.

RAMÓN. (*Aparte.*) Este pícaro. (*Alto.*) Para que veas que estás equivocado, entraré. (*Entra en la tienda del pintor detrás de Clemente y Tomasetti*)

SEBA. (*Haciendo mutis tras el señor Ramón.*) Si no te conociera. (*Oscurece. Se oye la retreta de la Guardia del Portal. Pasan por el fondo unos chiquillos jugando a los soldados. En la fuente, algunas mujeres del pueblo comienzan a formar un poco de cola. Pasa por el fondo el Horchatero, vestido a la valenciana, con «saragüells».*)

HORCHA. ¡El tío Nelo! ¡Horchata de chufas! ¡El valenciano. niñas! ¡Que pasa el tío Nelo! (*Teresina enciende las luces del balcón. Lo mismo hacen las demás vecinas. Ha oscurecido. En todos los balcones hay iluminarias. En la fuente ya están las sirvientas 1.ª y 2.ª y algunas más.*

SIRV. 1.ª ¿Quién da la vez?

SIRV. 2.ª Yo.

SIRV. 1.ª ¿Qué habláis por lo bajo?

SIRV. 2.ª A ésta que la chocaba no ver al señor Ramón en la plaza, como todas las tardes.

SIRV. 1.ª Ese viejo viene por alguien.
SIRV. 2.ª Pues sí que andas atrasada de noticias. Viene por la Marieta.
SIRV. 1.ª Pues me parece que pierde el tiempo porque esa está muy enamorada de su soldado.
ASUN. (*Una mujer anciana y rica. Entra recelosamente mirando a todos lados; al fin se dirige a la tienda de la peinadora y llama.*) ¡Soy yo!
TERE. (*Que iba a retirarse del balcón.*) Cayetana, abre la puerta que está ahí la señora Asunción. (*Se retira. Asunción entra en la tienda que abren.*)
SIRV. 2.ª Pues yo os digo que viene por la Marieta.
SIRV. 1.ª Se creerá que va también a conseguirla.
SIRV. 2.ª Como con sus regalos y con su dinero ha conseguido a tantas...
SIRV. 1.ª Chist... La Marieta.
MARI. (*Entrando por la derecha.*) ¿Quién es la última?
SIRV. 1.ª Yo. ¿Cómo no te acompaña esta tarde tu soldado?
MARI. ¿No sabéis que ha formado para la retreta?
CAYET. (*Saliendo de la tienda.*) ¿Quién es la última?
MARI. Yo.
CAYET. Oye, Marieta, ¿me haces el favor de dejarme la vez que el ama tiene mucha prisa?
MARI. Sí, mujer, ¿por qué no?
SIRV. 1.ª Vaya, hasta mañana.
CAYET. Adiós, mujer.
SIRV. 1.ª (*A la 2.ª.*) Date prisa, Carmen, que te esperan en aquella esquina. (*Hace mutis.*)
SIRV. 2.ª Es mi novio. Vaya, hasta mañana. (*Hace mutis.*) (*Las demás sírvientas salen a discrecion.*)

MARI. ¿Su novio?

CAYET. Un señorito que dice que se va a casar con ella. ¡Qué tontas son algunas! ¿Y Pablo?

MARI. Ha formado en la retreta.

CAYET. ¿Iréis pasado mañana a la Fuente del Gato?

MARI. Como todos los domingos.

CAYET. Pues allí nos veremos, porque ahora me he echado de novio al chico del confitero.

MARI. ¿Y desde cuándo?

CAYET. Hace ya tiempo. Desde el domingo pasado. Quiere llevarme a merendar a la Fuente del Gato. Claro que yo le he dicho que hemos de estar de vuelta antes del anochecer. Ya sabes lo oscuro que se pone aquello y hay que irse con pies de plomo con los hombres... Hay por ahí cada granuja...

MARI. Eso sí...

CAYET. Vaya me voy que si tardo se enfada la maestra.

MARI. Anda con Dios y que te haga muy feliz el confitero. (*Cayetana entra en la tienda. Pausa. El señor Ramón sale del taller de Tomasetti.*)

RAMÓN. Menos mal que he podido escaparme. Calla, si está allí la Marieta. (*Acercándose.*) Buenas noches, paloma ingrata.

MARI. Mucho me extrañaba a mí que no llegase usted a molestarme sabiendo que hoy venía sola.

RAMÓN. ¿Y tengo yo la culpa de estar loco por tí? Si me hubieses creído cuando estabas en casa de mi corresponsal, en vez de pasear cántaros e ir con ese jubón remendado, vestirías de seda y lucirías un buen chal con encajes de Valenciens y en los dedos llevarías sortijas con brillantes y

un prendido en la cabeza de blonda de la más fina.

MARI. Márchese, señor Ramón. Ya sabe que no le escucharé nunca. Se lo he dicho siempre. Mi camino es otro.

RAMÓN. Escúchame, Marieta.

MARI. Márchese porque me está comprometiendo. Todos los balcones están abiertos, usted es muy conocido en el barrio y figúrese lo que dirían si le ven hablando con una pobre criada de servir a estas horas y cuando no pasa nadie por la plaza. No olvide usted que ya ha habido quien le ha sacado en coplas.

RAMÓN. Sí, ya sé que la peinadora, esa mala lengua, me ha sacado una canción que dice:

> Ya viene el señor Ramón,
> hacedle caso, fregonas,
> que os quitará de servir
> para haceros señoronas.

Pero, ¿qué pueden importarme a mí todas las habladurías y todas las coplas, si me quisieras tú?

MARI. Le ruego que no insista, señor Ramón. Siga su camino y déjeme seguir el mío.

RAMÓN. Pues no me apartaré de tu lado hasta que me digas dónde y cuándo puedo verte a solas para decirte muchas cosas que tengo que decirte.

MARI. Yo se lo suplico, señor Ramón. Yo no sé si otras se venderán por un vestido o por unos pendientes. Es posible que haya quien lo haga por afán de lujo. Yo no quiero creerlo. Hay quien lo hace porque tiene padres viejos o hermanos pequeños. Allá ellas y allá yo si creo que debe disculpárselas. Pero yo estoy sola en el mundo y me basta con lo que tengo y

nadie necesita de mis sacrificios. Conque a otra puerta que en la que usted llama se han quedado sordos.

RAMÓN. Pero no seas tonta... ¿Quién lo ha de saber?

MARI. Yo... y basta.

RAMÓN. (*Intentando cogerla.*) No seas arisca.

MARI. ¡Quieto!

RAMÓN. No grites, mujer.

MARI. ¿Gritar? Para romperle a usted el cántaro en la cabeza como vuelva a tocarme no necesito pedir auxilio.

TOMA. (*Saliendo de su tienda.*) ¡Per la Santa Madonna! Ya está el signore Ramón haciendo de las suyas!

RAMÓN. ¿Yo? ¿Qué es lo que hago yo?

TOMA. Oh, cuesto catalani tutto son lo mismo. En viendo una donna se ven felises. (*Comienza a cerrar su tienda.*)

MARI. ¿Lo ve usted? Todo el mundo tiene algo que decir.

RAMÓN. Y todo por nada, por beber un poco de agua fresca. (*Sale de la tienda el señor Clemente.*) Vaya, gracias y buenas noches, muchacha; me voy a ver las iluminaciones. (*Hace mutis por la derecha.*)

CLEM. Y a beber un poquito en cada fuente...

MARI. ¿También quiere usted un poco de agua?

CLEM. Quiero me oigas un momento lo mismo que oirías a tu padre, que mucho le quise a él y mucho te quiero a tí.

MARI. Lo sé, señor Clemente.

CLEM. Pues si lo sabes, obedece en lo que vas a oir. No te acerques aquí para nada. ¿Lo oyes? Si quieres ver a Pablo, os veis en otra parte. Si quieres coger agua para tus amos, vas a la fuente de Junqueras o a la del patio del Hospital Militar; pero hazme caso: por aquí no vuelvas.

MARI. Si lo dice usted por el señor Ramón, no

tenga cuidado; sé del pie que cojea y yo soy diferente a las demás.

CLEM. A pesar de que el señor Ramón te ronda, es por otro lado por donde van mis tiros.

MARI. Por Dios, hable usted, que me pone en cuidado.

CLEM. No es ninguna cosa grave; pero si quieres evitarte disgustos, haz lo que te digo; y si puedes buscar otra casa, mejor; y si te vas a servir al Arrabal, mejor todavía.

MARI. Cuando usted dice eso es que sabe algo que no es bueno para mí. Vamos, hombre, hable claro y de una vez.

TERE. (*Que ha oído la conversación por la ventana y sale de la tienda.*) Muchacha, ten cuidado que el agua puede calentarse.

CLEM. Ya salió aquello.

TERE. Claro que da mucha importancia el estar de palique con las autoridades...

MARI. ¿Va por mí eso, maestra?

TERE. Creo que has acertado.

MARI. Tengo nariz de perdiguero.

TERE ¿De perdiguero? No te haces tú pocas ilusiones...

CLEM. Vaya, a callar.

TERE. ¿Callarme yo, con las ganas que tenía de tropezarme a esta mona?

MARI. Perdone su majestad, pero dos veces al día vengo aquí y es muy extraño que no me haya visto... Como no tenga telarañas en los ojos ..

TERE. ¿Telarañas?... ¡Sabes lo que te digo! Que si yo hubiese sabido lo que ahora sé, esta conversación la hubiésemos tenido antes.

CLEM. Silencio.

MARI. Déjenos. ¿Qué es lo que sabe usted?

TERE. Que hay bocas de hombres que debieran estar cosidas y así no irían por las mesas de los cafés dando latigazos a la honra de una mujer honrada.

CLEM. ¡Vaya por Dios! Bonito estáis dejando el principio de autoridad.

MARI. Déjeme hablar. Pues si va por mí esa letanía yo la diré «Ora pro nobis» y en paz. La han engañado hijita. Si usted... señora, está tan irritada porque Pablo me quiere, eso no puedo remediarlo yo, que yo no lo fuí a buscar ni se lo quité a usted de la urna donde creía tenerlo encerrado para siempre.. Y buenas noches, que tengo muchas cosas que hacer y no quiero que se rebaje usted discutiendo conmigo.

TERE. Sí, ve, ve a fregar platos, que otro día se continuará. Pero te juro que te acordarás de mí, te lo juro por el santo de mi nombre.

MARI. No me asuste y déjeme vivir hasta el verano que el invierno da gusto.

TERE. No tengas miedo... Ya te enseñarán a respetar a quien es más que tú.

MARI. ¿Más que yo? Es preferible tomarla a usted a risa. (*Se ríe.*)

TERE. Ríe, ríe, que ya llorarás.

MARI. ¡Ay, que viene la fiera! Ni que estuviera usted rabiosa... Señor Alcalde, ¿lleva usted ahí un poco de esa morcilla que echan a los perros?

TERE. Vaya, esto sí que no se lo consiento. (*Se abalanza sobre ella.*) ¡Lengua larga! ¡Mala mujer!

MARI. ¡Peina brujas!

TERE. (*Llamando.*) ¡Sebastián!

CLEM. ¡Alto a la autoridad!

TOMA. (*Saliendo.*) ¿Cosa pasa?

UNA. VE. (*Asomándose.*) Hagan el favor que me desvelan al enfermo.

LA CÓ. (*Saliendo.*) ¿Me peinas o no me peinas?

MARI. ¡Peina gatas!

LA CÓ. ¿Lo habrá dicho por mí?

TERE. (*A Sebastián, que ha salido y la sujeta.*) ¡Déjame, Sebastián!

MARI. Soltadla, a ver si es verdad que se come a las mujeres crudas... Y tú, Sebastián, ¿por que no la pones un morrión a tu prometida?

ASUN. (*Que ha saludo, intentando llevarse a Teresina.*) Ten prudencia... Ven.

TERE. Sebastián, aquí tienes a quien ha oído a esa mala mujer y a su novio hablar mal de nosotros. Esta es la Asunción.

CLEM. ¿Asunción? ¡Silencio todos! ¿Usted es Asunción?

ASUN. Servidora.

CLEM. ¿La del barrio viejo?

ASUN. La misma

CLEM. Queda usted detenida.

ASUN. ¿Qué dice?

TODOS ¿Eh?

CLEM. Ya se lo explicarán en la guardia del Portal.

ASUN. ¿Yo presa? (*Se oye la música militar de la retreta que se acerca. Asunción, llorando, se echa sobre el hombro de Teresina.*)

LA CÓ. Y yo sin peinar.

CLEM. Llévenla dentro que la atropellarán. De aquí no puede escaparse. (*La Cayetana y la Cómica se llevan a Asunción hacia la tienda. Por el fondo pasan los chiquillos haciendo de soldados. Entran las sirvientas, el señor Ramón, etc., etc. Por el fondo avanza una retreta con farolillos.*)

VOCES. ¡Viva la libertad!

SIR. 1.ª ¡Miradlos!

SIR. 2.ª ¡Son los de Artillería!

SIR. 1.ª ¡María, es tu soldado!

TERE. ¡Él!

RAMÓN. ¡Viva Espartero!

CLEM. ¡Viva la libertad!

MARI. (*Corriendo hacia el foro.*) ¡Pablo, Pablo

mío! (*Todos están en el fondo menos la Teresina y Sebastián.*)

SEBA. ¿Qué tienes?... ¿Lloras?

TERE. ¡Déjame que llore mientras ella ríe! ¡Que ría! ¡Que ella llorará mañana!

(*Vivas. Cuadro de movimiento y Telón*).

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La Fuente del Gato. La fuente está al fondo en una especie de camino alto que hay a la derecha. Se llega a ella por caminos practicables a la derecha e izquierda. Detrás de la fuente se supone que hay una acequia. A lo lejos se divisa Barcelona, la Barcelona del año 1840. En primer término, «pojos» de piedra rodeados de flores silvestres. Al levantarse el telón, Fernando, el Zapatero y un hombre, con copas de vino en la mano y ya medio borrachos, acaban los últimos compases de una canción que dice:

«Por el prado a pasear
con los pastores se fué...
Bebed, niñas de esa agua
que nos trajo del Edén.»

(*La mujer de la fuente les da vino.*)

NANDO. Por mí ya pueden beberse las niñas toda el agua de la Fuente del Gato, hasta dejarla seca que yo he jurado no beber más que vino hasta que me muera.

ZAPA. Pues mira, Nando. Yo, no es que beba mucha agua, pero hay veces que si no la tuviera a mano me moriría de pena. Y si no, vamos a ver. Tú te pasas todo un día y toda una noche bebiendo vino; después te acuestas. Pues al despertar, si no tuvieras agua, rabiabas como un perro. Con la sed que da después de dormir una borrachera...

NANDO. Es que yo, la sed que da una borrachera de vino me la quito con aguardiente.

ZAPA. ¿Y la de una borrachera de aguardiente?

NANDO. Con vino. Para mí está demás el agua. Me repugna hasta echármela por fuera al lavarme y me lavo una vez por semana y eso cuando no tengo muchas ocupaciones... Conque, ama, lléneme otra vez el vaso de vino y ponga dos deditos de aguardiente para no hacer de menos a ninguna bebida.

ZAPA. Fernando, no bebas más, que luego tendríamos que llevarte a cuestas a tu casa y sería gracioso tener que llevar a cuestas a un mozo de cuerda.

NANDO. Ya te sentirías tú orgulloso de llevar a cuestas a «Nando el de la Boquería».
(*Siguen bebiendo. Se oyen dentro una guitarra y una bandurria que marcan los compases de un vals rapidísimo.*)

ZAPA. Otra vez ha comenzado el baile.

NANDO. No hay nada en el mundo como la Fuente del Gato. Aquí los domingos encuentra un hombre todo lo que necesita. Vino y aguardiente a elegir y mujeres a montones.

ZAPA. Vamos, que ni falta nada, ni sobra nada en la Fuente del Gato.

NANDO. Hombre, como sobrar sobra una cosa.

TONEL. ¿El qué?

NANDO. La fuente. (*Siguen bebiendo. Cesa la música y se oyen aplausos.*) (*Aparecen las sirvientas 1.ª, 2.ª y 3.ª; visten de día de fiesta y las siguen los Soldados 1.º 2.º y un joven. La Sirvienta 3.ª y el Soldado 2.º, no hablan. Vienen por la derecha.*)

SIRV. 1.ª ¡Ay, hija, estoy mareada! No puedo con ese baile de tantas vueltas.

SLD.º 1.º Para baile el que vamos a bailar éste y yo pasado mañana siguiendo a los carlistas. ¡Ese sí que marea! Y que después de lo de Morella nos deben esperar con ganas.

JOVEN. ¿Y por qué moiestan ustedes a los cárlistas? ¿No son hombres como los demás?

SLD.º 1.º Porque nos lo manda el Sargento.

JOVEN. Y al Sargento ¿quién se lo manda?

SLD.º 1.º El Capitán.

JOVEN. ¿Y al Capitán?

SLD.º 1.º El Coronel.

JOVEN. ¿Y al Coronel?

SLD.º 1.º Mire, joven, no me pregunte más porque para mí eso del Coronel es ya el «non plus ultra» del escudo de España.

SIRV. 1.ª ¿Y os vais mañana?

SLD.º 1.º Carretera arriba, en cuanto toquen diana. Yo soy uno de los que tienen que tocarla. (*Casi abrazando a la Sirvienta 1.ª*)

SIRV. 1.ª ¿Y tocas bien?

SLD.º 1.º (*Insistiendo.*) Toco más que nadie.

JOVEN. Ya lo estamos viendo.

SLD.º 1.º Es que hay que ver cómo toco la diana.

SIRV. 2.ª Hay que ver cómo tocas diana y cómo tocas a la Dorotea.

JOVEN. (*Intentando tocarla.*) ¿Es que tienes envidia?

SIRV. 2.ª ¡Eh..! ¡Quieto, que resbalas!

JOVEN. Pues por eso me agarro. (*Han llegado a la fuente de donde beben. Por la izquierda entran Cayetana y Jacinto.*)

JACINTO. Ya estamos.

CAYET. Ya era hora porque tengo una sed.

JACINTO. Pero, dime. Cayetana, ¿por qué has tardado tanto en bajar de casa de tu madre?

CAYET. Verás. Desde que estoy sirviendo, tengo la costumbre de ir a buscarla para que salgamos juntas de paseo. Hoy, como me esperabas tú, pretexté que me estaban esperando unas amigas. ¿Unas amigas o algún lechuguino?, me preguntó mi madre.

JACINTO. ¿Y quién era ese lechuguino?

CAYET. A mí no me esperaba nadie más que tú.

JACINTO. Pues podía haber empleado otra frase.

CAYET. Mi madre no quiere que yo tenga novio. Y como ella te conoce de verte en la confitería de tu padre, empezó a decirme que tú eras demasiado para mí, que tú no podías llevar conmigo buenas intenciones... Yo la contesté y cogió unos zorros y me ha puesto las espaldas negras.

JACINTO. ¡Qué animal es tu madre! Poner negra carne tan blanca... Déjame que vea los cardenales.

CAYET. Aparta... Que por culpa tuya fué la paliza

JACINTO. Ven que yo te consuele, caramelo de menta...

CAYET. No me toques Jacinto, que entre el sudor y el polvo que el aire levanta en el camino, tienes las manos sucias y si me manchas este vestido me echará la maestra de su casa.

JACINTO. ¿Por qué?

CAYET. Porque es suyo y me lo he puesto sin que se enterara; así es que si mañana ve en él una mancha, figúrate... Con el genio que tiene.

JACINTO. No te mancharé, tonta; ven acá.

CAYET. Que te estés quieto que además puede

estar por ahí mi cuñado Fernando, un mozo de cuerda que de un soplido para una carreta.

JACINTO. ¿Y qué me va a hacer un mozo de cuerda? Como no me lleve la maleta...

CAYET. No sabes tú lo bruto que es.

JACINTO. Hombre, me alegraría tropezármele para demostrarte quién soy yo. Por muy bruto que sea, del primer cachete que le diera yo iba a rodar hasta Barcelona. (*En este momento están al lado de Nando. Este da un traspiés y empuja a Jacinto con tal fuerza que le hace rodar por el suelo.*)

NANDO. Dispense, joven.

JACINTO. Vaya unas maneras... Si no mirase que es usted un pobre viejo...

CAYET. Nando...

NANDO. ¿Viejo yo? Ha llegado la hora de que un mozo de cuerda se coma un gorrión.

JACINTO. Oye, Cayetana... ¿Es tu cuñado este come-pájaros?

CAYET. Sí.

NANDO. ¿Qué pasa, pollo?

JACINTO. Pues mire usted, si es usted el cuñado de ésta, nada.

NANDO. Y si no fuese su cuñado ¿qué sucedería?

JACINTO. Nada, nada tampoco. No se ponga así por una broma.

NANDO. Pues si estamos de broma, tome usted una copa.

JACINTO. Gracias, muchas gracias, pero mi papá se enfadaría mucho si me oliese a vino. Dice que beber vino no es cosa de hombres decentes.

NANDO. Pues oiga usted, pollito. Dígale al idiota de su papá que Nando el de la Boquería huele a vino más que una bodega y es más decente que él y más hombre que él y... Y apártese ya que echa usted un olor a pachulí que me están dando náuseas.

Y tú, Cayetana, a ver cuando quiere Dios que te vea con un hombre de veras y no con lechuguinos como éste.

CAYET. Siempre serás el mismo. Vámonos Jacinto.

JACINTO. ¿Pero es que toda tu familia se ha puesto de acuerdo para llamarme lechuguino? Pues ahora verás. Sepa usted, señor mozo de cuerda, que más vale oler a perfume que a vinazo.

NANDO. Mira, Cayetana, o te llevas pronto a este nene que has sacado a paseo, o le bajo los pantalones y le doy unos azotitos para que se calle.

JACINTO. ¿A mí azotes?

CAYET. Vámonos, Jacinto, que es muy capaz de hacerlo.

JACINTO. ¿Crees tú que lo haría?

CAYET. Como lo oyes.

JACINTO. Entonces, vámonos enseguida. Pero conste que me voy porque tú me lo ruegas, ¿eh? Si no fuese por tí yo le haría saber a ese mozo de cuerda lo que es capaz de hacer un confitero.

CAYET. Lo menos una tarta.

JACINTO. No te rías y vámonos. Vámonos más abajo.

CAYET. ¿Dónde?

JACINTO. Allí, a la meseta. Cerca de las cañas...

CAYET. Ya te veo venir. Quieres llevarme a la meseta porque por allí no pasa nadie.

JACINTO. Es que aquello es un rincón tan poético, tan silencioso, tan...

CAYET. Bueno, pero no me agarres.

JACINTO. Si te cojo sólo para saltar la acequia.

CAYET. Pues dame la mano, sólo la mano. No sea que le manches el vestido a la señora Teresina. (*Suben a la fuente. Hacen como que saltan la acequia y salen de escena al mismo tiempo que Jacinto dice acercándose a ella.*)

JACINTO. ¡Cayetana!...

CAYET. No te acerques tanto que no me dejas andar. (*Pausa. Dentro ya.*) Estáte quieto, que me vas a manchar el vestido.

NANDO. Sí, hombre, otra copa.

TONEL. Mejor es que dejes ya de beber, que está al llegar Sebastián y él dice que los republicanos cuando conspiran, no deben emborracharse.

ZAPA. ¿Quién es ese Sebastián?

NANDO. Un republicano de lo de veras.

TONEL. Un hombre honrado dispuesto a jugarse la vida por sus ideales.

NANDO. Y se la jugará en las barricadas. Hay que oir los discursos que echa en nuestras reuniones.

SEBA. (*Entrando por la izquierda.*) Sí que puede uno fiarse de vosotros. Así es como se descubren siempre las conspiraciones.

NANDO. Yo mudo, Sebastián. El lema de mi vida es éste: mudo, siempre mudo.

SEBA. Cualquiera te entiende.

NANDO. Pues es bien fácil ¿A qué se reduce mi vida? A conspirar como republicano y a llevar muebles como mozo de cuerda. Pues a ver. ¿Que conspiro? Mudo. ¿Que cargo muebles? También mudo.

SEBA. Sí, pero bebes y bebes y cuando estás borracho se te va la lengua y te comprometes tú y comprometes a los demás. Y ahora es preciso tener mucha prudencia para ir preparando las cosas y dar el golpe a su debido tiempo.

NANDO. ¿Es que vamos a tardar mucho?

SEBA. Hay que esperar. Espartero tiene demasiada popularidad entre la tropa. En estos momentos todos son constitucionales y carlistas. Además que aún tenemos pocas armas. Ahora se comienzan a recibir algunos fusiles. (*Siguen hablando.*) (*Du-*

rante las últimas frases han entrado y charlan alegremente en escena los Soldados y las Sirvientas.)

SIRV. 1.ª Eso, eso, vamos a jugar a la gallina ciega.

SLD.º 1.º Yo propongo otro juego mejor. Vamos a jugar a liberales y carlistas.

SIRV. 2.ª ¿Y cómo es eso?

SLD.º 1.º Veréis. Vosotras sois los carlistas y os escondéis. Nosotros somos los liberales y os buscamos.

SIRV. 1.ª ¿Y qué más?

SLD.º 1.º Oidme. Aquellos rincones solitarios y oscuros son los calabozos de Chafarinas.

JOVEN. Muy bien.

SLD.º 1.º El liberal que coja a una carlista la hace prisionera y se la lleva a Chafarinas.

SIRV. 1.ª ¿Y qué hace allí con ella?

SLD.º 1.º Eso, allá cada liberal con su carlista.

JOVEN. Pues vamos.

SIRV. 1.ª Vamos.

SLD.º 1.º Tararí...!

SIRV. 2.ª ¡A las tres! (*Las chicas se van corriendo por el camino de la fuente. Los Soldados y el joven esperan un momento.*)

SIRV. 1.ª (*Lejos.*) ¡Tararí. ...!

SOL.º 1.º ¡Compañeros, a aprisionar a las carlistas! (*Los tres se van corriendo. Fernando, el Zapatero y un hombre se despiden de Sebastián. Entra por la izquierda el señor Clemente.*)

SEBA. Salud y no dejéis a este que siga bebiendo

NANDO. Te prometo no beber hasta que vea otro puesto donde el vino sea tan bueno como aquí. (*Hace mutis por la izquierda con el Zapatero y un hombre.*

CLEM. (*Parándose frente a Sebastián.*) Me lo figuraba.

SEBA. Buenas tardes, señor Clemente. ¿Qué es lo que se figuraba usted?

CLEM. Que he visto a la Marieta venir con Pablo hacia la Fuente del Gato y me he encontrado ahí abajo a la Teresina con unas amigas, y he supuesto que tú habías venido con ella y que con cualquier pretexto te habías alejado con la sola intención de darte de cara con la Marieta.

SEBA. Pues ya ve usted que vine a buscar a esos amigos que acaban de marcharse.

CLEM. Ese es el pretexto que pusiste a Teresina, que me pones a mí y que te pones a tí mismo. Pero no nos engañemos, Sebastián Tú estás cada día más loco por la Marieta y buscas ocasión continuamente para encontrártela, para mirarla y para tenerla cerca.

SEBA. Yo...

CLEM. Mientras la cosa quedara aquí, lo único lamentable serían los malos ratos que tú pasas al no poderla hablar, y verla con el otro. Pero Teresina se da cuenta de tus persecuciones y, rabiosa ya porque Marieta la ha quitado a Pablo, piensa que lo mismo puede pasar contigo y no pierde ocasión de murmurar de la chica cosas que no son verdad y sólo espera el momento de hacerla todo el daño posible... Esto no está bien, Sebastián.

SEBA. ¿Y tengo yo la culpa de que Teresina sea como es?

CLEM. Mira, Sebastián: yo voy para viejo y he querido tanto como tú puedas querer y se ve claramente en el corazón de los hombres que quieren. Tú odias a Pablo y esperas que un día surja una cuestión entre vosotros para desahogar toda la rabia que le tienes ..

SEBA. Señor Clemente, si no supiese lo bueno que es usted, si no le respetase lo que le respeto, le contestaría de otra forma. Por

tratarse de usted me conformo con decirle una cosa: quizá persiga a Marieta porque, como usted dice, no puedo dejar de verla aunque sea de lejos, pero no hace mucho que le aseguré a usted que yo respetaría a Pablo mientras él se portase con ella como me hubiese portado yo. Soy lo bastante hombre, señor Clemente, para no volverme atrás de lo que digo. Pero si Pablo piensa jugar con Marieta, también soy lo bastante hombre para arrancarle el corazón.

CLEM. Eres muy bueno, Sebastián; si mis hijos hubiesen vivido, querría que fuesen como tú.

SEBA. (*Apretando emocionado la mano que el señor Clemente le tiende.*) Gracias, señor Clemente. (*Hace mutis por la izquierda.*)

CLEM. ¡Pobre muchacho! ¡Qué triste debe ser querer sin ser querido! (*Entran el señor Ramón y Asunción por la derecha.*)

RAMÓN. Henos en la Fuente del Gato.

ASUN. Ya hemos llegado.

CLEM. Qué bonito es el sitio, ¿verdad señor Ramón? Y qué lástima que tenga, con pocas excepciones, tan malos visitantes.

ASUN. ¿Lo dice usted por mí?

CLEM. No. Lo digo porque como, para llegar aquí se ha de pasar por las Barracas de San Antonio, por las barraquetas de la Cruz Cubierta o por las huertas de San Bernardo, aquí no viene más que chusma...

ASUN. ¿Pues por qué viene usted?

CLEM. ¿Y usted?

ASUN. Yo... a dar un paseo.

CLEM. Yo a poner paz y orden.

ASUN. ¿Orden? No lo conseguirá por muy alcalde que usted sea. Dé un grito de «¡Arriba las manos!» y de todos los rincones y to-

dos los agujeros de la montaña las manos se levantarán de cuatro en cuatro para contestarle. Aquí sí que hay que poner moralidad y no deteniendo a pobres mujeres a quienes se acusa falsamente.

CLEM. Mire usted, Asunción; yo cumplo las órdenes que recibo. Si usted es o no es inocente allá los que la tienen que juzgar.. En fin, voy a dar una vuelta por aquí antes de irme a casa. Hasta más ver.

RAMÓN. Adiós, señor Clemente. (*Mutis del señor Clemente por la izquierda.*)

ASUN. Gracias a Dios que se marchó.

RAMÓN. Ya puede usted decirme lo que quiere de mí.

ASUN. Señor Ramón, yo voy a volverme loca por usted.

RAMÓN. ¿Ah, pero es que viene usted a declarárseme? Pues, mire, Asunción, lo siento mucho pero no puede ser.

ASUN. Mire usted que no es cosa de broma.

RAMÓN. Pero si yo lo digo muy en serio.

ASUN. Señor Ramón, me voy a volver loca por su causa si usted no viene a sacarme del compromiso en que me encuentro.

RAMÓN. Ah, vamos. No me dé más sustos y dígame lo que la ocurre.

ASUN. Yo necesito su recomendación para salir del aprieto en que me encuentro.

RAMÓN. Ya sabe usted que cuento con bastantes influencias.

ASUN. Estoy que me muero del susto. ¿Usted no sabe lo que me ocurrió el viernes? Pasé la vergüenza más grande de mi vida.

RAMÓN. Explíquese.

ASUN. Usted sabe que yo he sido siempre decente y que nadie ha tenido nunca duda de mi honradez. Usted lo sabe...

RAMÓN. Tanto como saberlo...

ASUN. Pues para todo el mundo acabó el viernes mi honradez.

RAMÓN. Pero ¿de qué año era ese viernes?

ASUN. Señor Ramón, que ya le he dicho a usted que no es cosa de broma. Sepa usted que he sido acusada de contrabandista y que los soldados de la guardia me cogieron y me llevaron atada por las calles de Barcelona. ¡Yo contrabandista...! ¡Contrabandista yo...!

RAMÓN. Pero, ¿no lo es usted?

ASUN. Sí. . Pero no quería que lo supiese nadie.

RAMÓN. Veamos de lo que se trataba.

ASUN. De un alijo de armas. Usted comprenderá que es el único negocio en que puede meter su dinero una persona digna. ¿No vende armas el Gobierno? ¿Pues por qué impiden que las venda yo? El alijo lo hicieron los guardias de mar de una playa de cerca de Túnez. Pero se conoce que hubo alguno que lo quería todo para él. Este cantó la gallina y se apoderaron del falucho que ya estaba listo para marchar a Vinaroz. ¡Y pensar que si el golpe no falla, tendría yo a estas horas unos centenares más de onzas metidos en mi arquilla...!

RAMÓN. Lo que no comprendo es lo que quiere usted de mí.

ASUN. Que ponga usted toda su influencia para que echen tierra al asunto y todo quede como si nada hubiese sucedido.

RAMÓN. Eso es muy difícil, Asunción.

ASUN. Pero no es imposible para usted. Yo en cambio le hago a usted otro favor que vale para usted tanto como el que yo le pido.

RAMÓN. No entiendo...

ASUN. Yo sé, señor Ramón, que usted es un hombre que aunque pasa de los cuarenta y cinco... y un poco más, aún tiene la juventud necesaria para hacer feliz a una

muchacha que se conforme con no pasar por la iglesia... Tiene usted salud y tiene usted dinero, pero no ve el medio de hincar el diente a la manzana que apetece hace ya mucho tiempo.

RAMÓN. Y ¿quien es esa manzana?

ASUN. No se haga de nuevas. Es Marieta, la de Pablo.

RAMÓN. ¿Usted sabe ..?

ASUN. Lo sé y, si usted me arregla lo del alijo, yo le meto en mi casa de contrabando a la dama de sus pensamientos.

RAMÓN. ¿Palabra?

ASUN. Palabra.

RAMÓN. Pues cuente usted con que eso está arreglado.

ASUN. Pues hasta la vista y ya sabe que si es usted prudente puede contar con Asunción para todo lo que se le ocurra. (*Mutis por la izquierda.*)

RAMÓN. Arreglar lo del alijo va a costarme trabajo y dinero pero todo eso y mucho más daría yo por Marieta. (*Mutis por la izquierda. Entra un joven por el camino de la fuente.* (1).

JOVEN. (*Al soldado 1.º que sale por el otro lado »con la sirvienta 1.ª*) No vale. Yo no jue»go más.»

SOL.º 1.º «¿Qué le pasa?»

JOVEN. «Que ese otro soldado ha cogido prisio»nera a una carlista y se la ha llevado a »un rincón de la meseta».

SOL.º 1.º «¿Chafarinas?»

JOVEN. «Allí mismo. Presa la tuvo pero debió »escapársele y cuando venía para acá »buscándola se tropezó con mi carlista, »la cogió y se la ha llevado».

---

(1) En los sitios donde parezca fuerte puede suprimirse lo entrecomillado.

SIRV. 1.ª «¿También a Chafarinas?»
JOVEN. «Pero ha debido ser a las verdaderas islas »porque, según el tiempo que hace que »se fueron ya tienen tiempo de haber cru»zado el Océano».
SIR.V 1.ª «Mírelos... Mírelos...»
SOL.º 1.º «Le han visto y escapan otra vez».
JOVEN. «Pues corro a ver si las alcanzo. (*Hacien»do mutis.*) ¡Eh, eh...! Eso no vale... Eso »no es del juego... ¡Alto! ¡Alto!... (*Se va »corriendo. (Las guitarras y bandurrias co»mienzan un baile que debe acabar en una »habanera pausada y triste.)*
SOL.º 1.º ¿Quieres que bailemos un poco?
SIRV. 1.ª A tu gusto.
SOL.º 1.º Pues vamos que empiezan tocar. (*Hacen mutis por la izquierda. Oscurece. En el cielo algunas estrellas. Se oye dentro una carcajada clara y fresca. Es Marieta. Viene con Pablo, un soldado joven. Entran por la izquierda.*)
PABLO. Gracias a Dios que te oigo reir.
MARI. Es de ella. ¿No has visto cómo nos miraba al pasar por donde estaban merendando?
PABLO. Y qué cuadrilla. Teresina, el señor Ramón, la Asunción... El que no estaba es Sebastián. Acaso hayan reñido... Pero ¿qué tienes? ¿Por qué te entristeces otra vez?
MARI. No lo sé, Pablo. Muchas veces quisiera reir, me esfuerzo para ello y las risas se vuelven para dentro como si las diera vergüenza de salir fuera de mis labios...
PABLO. Ven, Marieta; sentémonos aquí.
MARI. Es ya muy tarde. Empieza a anochecer.
PABLO. Por eso. A esta hora se está mejor aquí que cuando hay sol. Se levanta la brisa del mar y trae a la montaña un fresco delicioso...

MARI. Parece como si dejase sal entre los labios.

PABLO. Esa sal, no es del aire del mar... Es toda tuya, Marieta. ¿Pero, qué te pasa? ¿Por qué vuelves de nuevo a entristecerte?

MARI. ¿Te parece que no tengo motivo para estar triste después de la noticia que me acabas de dar? ¿Cómo quieres que ría, cuando sé que te vas dentro de una semana?

PABLO. Me voy para volver.

MARI. ¡Te vas a la guerra, a la guerra, Pablo de mi alma!

PABLO. A esto ya no puede llamársele guerra. Quizás cuando yo salga esté todo acabado. Vamos, alegra esa cara y que yo te vea reir. Para mí no hay mejor música que la música alegre de tu risa...

MARI. ¿Qué vas tú a decirme?

PABLO. ¿Y eres tú la que presumías de serena y de juiciosa?

MARI. Cuando el corazón pierde la serenidad no hay nada en el mundo que pueda devolvérsela, que, el corazón, cuando quiere, es como un niño que ni tiene juicio ni sabe nunca lo que hace...

PABLO. Pero si a los cuatro días estaré de vuelta.

MARI. ¡Quién sabe, Pablo mío, lo que el destino nos reserva!...

PABLO. No vamos más que hasta Berga a reforzar la columna de Carbó. Además, ya sabes que soy agregado a la Intendencia y nosotros entramos en fuego raras veces. Después volveré con el ejército vencedor y traeré una cruz prendida al pecho para que tú presumas al verme desfilar con las tropas por el Paseo de la Esplanada.

MARI. Con cruz o sin ella, lo importante es que vuelvas...

PABLO. Marieta...

MARI. Que vuelvas y que no me dejes como has hecho con otras.

PABLO. ¿Lo dices por Teresina? Aquello fué sólo porque sí, por ganas de pasar el rato. A tí te llevo siempre en el pensamiento y nada ni nadie podrán arrancarte de él.

MARI. Pablo...

PABLO. A tí te quiero para que seas mi mujer, mi mujer, ¿entiendes? Te lo juro en este momento y el juramento de un hombre que se va a la guerra debes tenerlo por sagrado.

MARI. Sagrado es el juramento y tú eres hombre para dejarlo de cumplir.

PABLO. ¿Dudas de mí, Marieta?

MARI. Perdona, Pablo, no sé lo que me digo.

PABLO. ¿Lloras?

MARI. Deja que llore y toma... Es una medalla que me dió mi madre cuando se moría... «Póntela—me dijo—ella te librará de todo mal». Pues bien, Pablo, vengan sobre mí todos los males y póntela tú para que ella te libre de las balas.

PABLO. Te la devolveré el día que te haga mi mujer.

MARI. Vámonos ya, Pablo...

PABLO. Espera. Quedémonos un rato más.

MARI. Hay nubes en el cielo y pronto la noche será oscura.

PABLO. Ojalá no se vea en ella más luz que la de tus ojos. Solos aquí, en la montaña, parecemos los amos de la tierra, los amos del mundo... Toda la tierra tiene tu perfume y la montaña es como carne que palpita... porque siente que la pisas tú.... Marieta... Mi Marieta...

MARI. Vamos, vamos Pablo... déjame.

PABLO. Vámonos... Pero juntos, cerca el uno del otro, como si no tuviésemos que separar-

nos nunca... Como brillan tus ojos en la noche, Marieta... Cuánta vida hay en ellos.., ¡Qué bien hacen en llamarte Marieta la de los ojos vivos...!

MARI. Pablo, si querer es pecado, yo ya me he condenado para siempre... (*El diálogo acaba en un murmullo. Desaparecen Pablo y Marieta. La música calla. Se oye dentro la voz de Cayetana que se acerca llorando.*)

CAYET. (*Dentro.*) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Si ya me lo decía mi madre...! (*Sale a escena seguida de Jacinto que viene muy asustado. Ella trae el vestido manchado de barro.*)

JACINTO. Cayetana, no llores que ha sido sin querer. No llores que me haces llorar a mí. Que yo soy muy hombre y no lloro nunca, nunca... Pero cuando veo llorar a una mujer se me saltan las lágrimas...

CAYET. ¿Que no llore?... ¿Que ha sido sin querer?... ¿qué le digo yo ahora a la señora Teresina cuando vea el vestido?¡Me echará de su casa!

JACINTO. Bueno, pues si te echa de su casa te vas a la de tu madre y ya veremos luego.

CAYET. Enseguida voy yo a casa de mi madre si la Teresina me echa de la suya... Menuda paliza me daría... Y todo por tu culpa...

JACINTO. ¿Por mi culpa?

CAYET. A ver... Yo te dije que nos fuésemos antes de anochecer y tú no quisiste, y me hiciste ir hasta la meseta y te empeñaste en que nos sentáramos entre los árboles, en aquel alto que hay encima de la acequia...

JACINTO. Y tú no dijiste que no...

CAYET. No dije que no porque me parecías una mosquita muerta... Pero una vez allí quisiste darme un beso... Y me negué... Y luchaste conmigo. . Y rodamos a la acequia desde lo alto... Y mira cómo se ha puesto el traje de la señora Teresina ...

Y además me besaste... además... ¡Ay mi madre...! ¡Ay, mi madre...!

JACINTO. Escucha, Cayetana...

CAYET. ¡Ay, mi madre...!

JACINTO. Mujer, no chilles que puede venir gente...

CAYET. ¡Ay, mi madre...!

JACINTO. ¡Ay mi padre! No te apures que yo le compraré otro vestido a tu maestra y todo está arreglado...

CAYET. ¿Tú crees?

JACINTO. Mira, si tu madre te echa también de su casa yo hablaré con mi padre para que te admita en la suya...

CAYET. Y entraré en ella como tu mujer, ¿no?

JACINTO. Verás... Si le digo que te admita como criada puede que me haga caso... Si le digo que vas a entrar como su nuera puede que no me deje entrar a mí...

CAYET. ¡Ay, señor! ¿Por qué le habré hecho yo caso a este hombre? ¿Por qué habré venido con él a la Fuente del Gato? .. (*Inicia el mutis.*)

JACINTO. ¿Dónde vas?

CAYET. Voy a buscar a mi cuñado para contarle lo que me ha sucedido y que él me diga lo que debo hacer...

JACINTO. ¿A qué cuñado?

CAYET. A Nando el de la Boquería...

JACINTO. ¿Al mozo de cuerda? No, eso sí que no. Antes prefiero la paliza de mi padre...

CAYET. ¿Qué va a decir la maestra? ¿Qué va a decir mi madre...? ¡Qué desgraciada soy! ¡Qué desgraciada soy...!

CLEM. (*Entrando.*) ¿Quién llora de esa forma? ¡La Cayetana!... ¿Qué te pasa muchacha?

CAYET. ¡Ay, señor Clemente, mire usted cómo estoy por culpa de este!

CLEM. ¿Pero es que también vosotros habéis estado jugando a liberales y carlistas?...

CAYET. ¿Qué va a decir la Teresina? ¿Qué va a decir mi madre?...

CLEM. Anda, anda para la tienda que ya hablaré yo con tu madre.

JACINTO. Y mi padre, señor Clemente, ¿qué va a decir mi padre?

CLEM. No te apures, hombre, también me encargo yo de hablar con él...

JACINTO. Mire usted que es muy bruto.. (*Por la derecha entra Pablo. Por el camino del foro aparece Sebastián que escucha la escena.*)

PABLO. ¡Señor Clemente, señor Clemente!

CLEM. ¿Qué pasa?

PABLO. Venga, venga corriendo. Ayúdeme usted..

CLEM. Pero, ¿qué ocurre?

PABLO. Marieta, que se ha desmayado Marieta...

CLEM. ¿Que se ha desmayado? ¿Por qué causa?

PABLO. Señor Clemente, yo...

CLEM. ¿Por qué tiemblas? Habla, Pablo, habla...

PABLO. Ya lo sabrá usted. Ahora venga conmigo al lado de Marieta...

CLEM. ¿Dónde está?

PABLO. Ahí abajo. En el rincón que hace el recodo del camino...

CLEM. Vamos, sí. No hace falta que me expliques nada. Sólo hace falta que sepas portarte como un hombre de bien... (*Cayetana coge agua y sale seguida de Jacinto hacia el sitio donde se supone a Marieta.*)

PABLO. Como un hombre de bien me portaré en cuanto vuelva de la guerra...

CLEM. ¡Ah, juventud, juventud!

PABLO. Mientras yo vuelvo, usted que la quiere como a una hija, ampárela como si lo fuese de veras.

CLEM. ¡Pobre Marieta! (*Sale de escena. Pablo va a seguirle pero Sebastián da un salto y se pone ante él cerrándole el paso.*

SEBA. Espera, Pablo.

PABLO. ¿Eh? ¿Quién me llama?

SEBA. Yo, Sebastián.

PABLO. Ni yo tengo nada que escuchar de tí, ni tú tienes nada que decirme.

SEBA. Es verdad; después de lo que has hecho sobran las palabras. Pero si eres un hombre como tú aseguras, ven conmigo ahí abajo, donde nadie nos vea y mira si puedes defenderte porque vengo a matarte.

PABLO. Aparta Sebastián. Sigue tu camino y déjame seguir el mío.

SEBA. No intentes marcharte si no quieres que aquí mismo...

PABLO. ¿Qué?

SEBA. Si no quieres que aquí mismo te parta el corazón... ¡Cobarde!

PABLO. Piensa lo que dices... Piensa que hablas con un hombre.

SEBA. ¿Un hombre? ¿Y sabes tú lo que es ser un hombre?

PABLO. ¿Cómo?

SEBA. Que no es un hombre el que le roba a otro una mujer sólo para aprovecharse de su inocencia, para engañarla villanamente y soltarla después en el arroyo y arrojarse satisfecho de su villanía... Tú eres sólo el hijo del amo, el que ha heredado de él el dinero y la creencia de que por ser rico tienes el derecho de coger el fruto que más te guste. Eres el que manda en la Alquería, el que dispone allí del trabajo, de los hombres y de la honra de las mujeres y se figura que eso lo puede hacer en todas partes... Pero ahora no te vale... Ahora se trata de Marieta y Marieta, si no ha tenido quien de tí la defendiese, tiene al menos quien pueda vengarla de tu infamia.

PABLO. No hables de Marieta.

SEBA. ¿Que no hable de Marieta? ¿Es que te atreves a prohibírmelo tú?

PABLO. ¿Dudas acaso que sea lo bastante hombre para ello?

SEBA. ¿Qué sabes tú de hombría? Hombre yo que de pequeñita la he tenido en mi casa, en mis brazos, a mi lado, queriéndola siempre y respetándola como si de la misma Virgen se tratase. Yo, que la he visto hacerse mujer, que he contemplado como el capullo inocente se convertía en rosa tentadora y nunca la he dicho una palabra de perdición, pensando—¡pobre de mí!—que pudiera ser un día la santa madre de mis hijos...

PABLO. Yo la quiero. ¿Lo oyes? Yo la quiero.

SEBA. Mentira... A mí no puedes engañarme como a ella... Si la hubieses querido hubieses hecho lo que yo: respetarla hasta el momento en que Dios y los hombres te la entregasen como esposa. Me dices ahora que la quieres para poderte ir sin que yo te castigue, porque tienes miedo, porque eres un cobarde...

PABLO. ¡Sebastián!

SEBA. Cobarde, sí, cobarde. La has hecho juguete de tus pasiones y mañana marcharás a la guerra y ella quedará aquí, perdida para siempre, sola y abandonada, acaso esperando la llegada de un hijo sin nombre... Eres un ladrón... Me has quitado lo que yo más quería... Me lo dejé robar porque fué gusto de ella y porque esperaba que te portases como yo me hubiera portado... ¿Y aún pretendes que te deje marchar? No. Si ella no me quiso a mí lo suficiente para no hacer caso de tus promesas embusteras, yo la quiero lo bastante para no permitir que te hayas reído de ella. Tú que tienes dinero para comprar, sabes que en el mundo todo tiene su precio. Y el honor de Marieta

hay que pagarlo con la vida. (*Le da una bofetada.*)

PABLO. ¿Qué hiciste?

SEBA. Ahora, ya no dudarás más. (*Saca un cuchillo.*)

PABLO. ¿Y me llamas cobarde? El cobarde eres tú.

SEBA. ¡Cobarde yo, y no te mato como a un perro y te doy tiempo para defenderte!

PABLO. Cobarde porque sabes que yo no tengo armas.

SEBA. (*Tirando el cuchillo.*) Ni yo tampoco. ¡Pecho a pecho! ¡Cara a cara! (*Se abalanzan el uno hacia el otro.*)

MUJER. (*Que hasta este momento no ha estado en escena aparece por el camino de la fuente.*) ¿Eh? ¡Dios mío! ¡Auxilio, auxilio! ¡Dos hombres que se matan! (*Cesa la música. Por el fondo los soldados 1.º y 2.º, un joven y las sirvientas 1.ª, 2.ª y 3.ª. Por la izquierda Asunción y Teresina. Por la derecha Nando,, el Zapatero y un Hombre.*

CLEM. (*Entrando por la derecha con Marieta, Cayetana y Jacinto.*) ¿Qué ocurre?

MARI. ¡Pablo!.

TERE. ¡Sebastián! (*En la lucha cae Pablo debajo y Sebastián le echa las manos al cuello.*)

MARI. ¡No mates a mi Pablo, Sebastián!

SEBA. (*Conteniéndose y mirando a Marieta.*) ¿Eh?

MARI. (*Cayendo ante Sebastián implorante.*) ¡No mates a mi Pablo, yo te lo suplico!

SEBA. (*Sin dejarla de mirar se levanta. Luego en un instante de decisión ofrece la mano a Pablo y le ayuda a levantarse, empujándole hacia María.*) ¡Toma! ¡Ahí tienes a tu Pablo!

TERE. Tú, conmigo, Sebastián.

NANDO. Es Sebastián con un soldado. ¡Ha llegado la nuestra! ¡Vamos a que no quede un soldado vivo!

SOL.º 1.º Es Pablo, un compañero. ¡A defenderle!

NANDO. ¡Duro con los soldados!

CLEM. ¡Quietos todos! Aquí no hay soldados ni paisanos. Se riñó por una mujer y nada más.

MARI. ¡Pobre de mí!

CAYET. (*A Marieta.*) No tengas pena, mujer. Aquí estoy yo si algo necesitas.

CLEM. (*Cogiendo a Pablo y Sebastián y hablándoles bajo.*) Es preciso que eviteis el conflicto que puede venir. Los paisanos quietos en mi presencia, saldrán al camino para arrojarse sobre los soldados... Sebastián, piensa que mañana han de ir a la guerra y quién sabe si ya no volverán... Pablo, piensa tú que tus compañeros están obligados a luchar por el bien de la patria y hay que impedir que expongan su vida por una cuestión particular...

SEBA. No hablemos más.

PABLO. Haré lo que usted quiera.

SEBA. (*En voz alta.*) Aquí está mi mano, Pablo.

PABLO. ¡Aquí está la mía!

SEBA. (*Aparte a Pablo.*) Tiempo queda de que hablemos a solas.

PABLO. (*Aparte a Sebastián.*) Cuando quieras.

CLEM. Así se portan los hombres.

NANDO. ¡A ver! vino para todos los hombres que hay aquí... (*Por Jacinto.*) Y a este jovencito dele usted unos anises. (*Como Jacinto está de espaldas le pega en el sombrero con una varita.*)

JACINTO. ¿Quién me tira piedras al sombrero?

NANDO. Yo...

JACINTO. ¿Usted? Pues dé usted gracias a Dios que no es usted otro. (*La mujer de la fuente ha servido vino y se disponen a brindar.*)

CLEM. ¡Por la amistad!

NANDO. ¡Por los hombres libres y por las mujeres... libres...! (*Teresina tira el vino y después se lleva el vaso a los labios.*)

CLEM. Y vámonos ya todos. Tú, Marieta, con Pablo, y Cayetana y yo, con ellos.

ASUN. También voy con ustedes yo. (*A Marieta.*) Ya sabes, Marieta, que no tienes más que mandarme. (*Salen por la izquierda Marieta, Pablo, Cayetana, Clemente, Asunción y Jacinto.*)

NANDO. ¡Viva la alegría!

TERE. Y nosotros, vámonos también hacia abajo cantando.

SIR. 1.ª Eso, eso. La señora Teresina que sabe canciones tan bonitas nos enseñará una.

TERE. Tengo en los labios un cantar que ha de gustaros mucho.

SIR. 2.ª Diga, diga... y lo aprenderemos.

TERE. Oidle. Os lo dedico:

Bajando de la Fuente del Gato
una chica y un soldado.
¿Preguntáis cómo se llama?
Marieta, Marieta...»

SEBA. ¡Calla!

TERE. «¡Preguntáis cómo se llama?
¡Marieta la de los ojos vivos!»

SEBA. ¡Teresina!

NANDO. Pero eso no suena a copla.

TERE. Oidlo en catalán y veréis como es un cantar en toda regla.

SEBA. ¡Te he dicho que calles!

TERE. «Baixant de la Font del Gat
una noia... una noia...
Baixant de la Font del Gat
una noia y un soldat...
Pregunteu-li com se diu
Marieta, Marieta,
pregunteu-li com se diu
Marieta de l'ull viu.»

VOCES ¡Muy bien, muy bien! ¿A ver si lo sabemos? (*Cantan la copla despacio.*)

SEBA. ¿Qué has hecho, Teresina?

TERE. Vengarme de los dos.

SOL.º 1.º En marcha... A la una, a las dos, a las tres... (*La canción.*) (*Se alejan cantando la canción en tono más fuerte. Quedan en escena Teresina y Sebastián.*)

SEBA. (*A Teresina.*) ¡Esta canción es una infamia, Teresina!...

TERE. ¡Ya está lanzada al viento! ¿Oyes? ¡Ya la cantan por ahí abajo!...

SEBA. ¡Es para arrancarte la lengua!

TERE. ¡Arráncasela al pueblo!... ¡Mañana la cantará toda Barcelona!

SEBA. Calla... Calla...

TERE. ¡Ya estoy vengada de Marieta de los ojos vivos! (*Se oyen las voces que, a lo lejos, repiten:*

«Baixant de la Font del Gat...
etc.

TELÓN

ACTO TERCERO

La trastienda de un trapero que se supone en la calle de la Vidriera esquina a la de Espartería. Es casa de Asunción.

Al fondo, portalón ancho por el cual se ve la calle de la Vidriera. A la izquierda en segundo término, arco grande que supone comunicar con la tienda. En primer término, puertecita que comunica con la escalera que sale a la calle de la Espartería. En primer término derecha puerta que comunica con las habitaciones interiores.

Estamos a 21 de julio de 1840. El día del motín de los sombreros de copa, hecho ocurrido durante la estancia de la Reina en la capital de Cataluña.

La Asunción está sentada delante de un sillón viejo sobre cuyo asiento tiene apoyada una cornucopia. La Teresina está peinándola. El mozo de la tienda va desde la puerta del foro al interior del segundo término izquierda dándole sillas a un vecino que las coge en la calle.

Mozo. ¡Doce!

Asun. ¿Aún no hay bastantes?

MOZO. No, señora.

ASUN. Hija, esto de la fiesta de hoy es un mareo. Han venido a alquilarme casi todas las sillas y los tablones que tengo en la tienda.

TERE. Es que una Reina no es cosa que se vea en Barcelona todos los días.

ASUN. ¡Ay!

TERE. ¿La hago daño?

ASUN. No; son las orquillas.

MOZO. (*Entregando unas sillas.*) Diez y siete.

ASUN. ¿Todavía más?

TERE. Déjeme la pomada.

ASUN. No, pomada no. No estoy para ungüentos.

TERE. Es para que el pelo se sujete. Lleva usted un peinado que si al pasar por aquí, se fija la Reina en usted, yo creo que me hace peinadora de la Real casa.

ASUN. De menos nos hizo Dios.

TERE. Pues mire usted. Desde que la Reina llegó a Barcelona no he parado un momento. Con tantas recepciones, besamanos y teatros, no doy abasto en el peinado.

ASUN. Hay negocio para todos...

TERE. Y el de usted no es de los más pequeños porque no han parado de sacar sillas...

MOZO. Ahora una tabla.

NANDO. (*Entrando por el foro con un baúl.*) ¿Dónde va este baúl?

ASUN. ¿Lo traes de la calle del Pozo de la Higuera?

NANDO. De allí mismo.

ASUN. Pues déjalo ahí que ya lo entrará ese. ¿Te han pagado el viaje?

NANDO. Me lo han pagado, pero si usted quiere dar algo más para una copa...

ASUN. Toma, hombre, toma.

MOZO. (*Que cruza de la tienda al foro.*) Ama, ahí tiene usted un parroquiano que dice que si tiene sombreros de copa viejos.

ASUN. ¿Otro que pide sombreros de copa? ¿Pero es que se va a vestir de etiqueta toda Barcelona? Pues no quedan más que dos de catorce que había cuando abrí la tienda. Espera un momento, Teresina, que despacho enseguida. (*Hace mutis por el segundo término izquierda.*)

TERE. ¿Cómo tú por aquí? (*A Nando.*) Te creía haciendo bailar a la Giganta delante de lo palacio.

NANDO. No me han querido este año. Y lo siento por la Giganta, la Pulida, que nadie como yo la sabe hacer bailar... Y ella también habrá sentido...

TERE. ¡Qué va sentir una muñeca de cartón!

NANDO. ¿Pues no ha de sentirlo? Si cuando me metía debajo de sus faldas parecía que temblaba de satisfacción... En fin, otra vez será. Y hasta más ver...

TERE. Salud.

NANDO. (*Al mozo.*) No cojas así ese tablón, hombre...

MOZO. Me va usted a enseñar...

NANDO. A otra cosa no, pero a coger tablones, puedo enseñar a un obispo, si los obispos se metieran alguna vez a mozos de cuerda.

MOZO. Sepa usted que yo estuve en las obras de la Plaza de Toros y me pasé tres meses cogiendo tablones.

NANDO. Pues yo no estuve nunca en ninguna plaza, pero he cogido cada tablón que soy famoso en Barcelona. Y a otra cosa. (*Mutis por el foro.*)

ASUN. (*Por la izquierda.*) Pero ¿para qué querrán tanto sombrero de copa? (*Al mozo.*) ¿Has terminado?

MOZO. Ahora mismo.

ASUN. Pues coge ese baúl y mételo allí dentro. (*El mozo coge el baúl y desaparece con el por la derecha.*)

ASUN. (*Sentándose otra vez.*) ¿A que no sabes de quien es ese baúl? De Marieta...

TERE. Pero ¿es que viene a vivir con usted?

ASUN. ¿Qué quieres que le haga? La han echado de la casa donde estaba y como se quedaba en medio de la calle... Bueno, es que tengo un corazón que no me cabe en el corpiño.

TERE. ¿Y por qué la han echado de la casa?

ASUN. Parece ser que llegó hasta los amos la copla aquella... ¿Tú no sabes que la sacaron una copla...

TERE. ¿Una copla? No sabía nada....

ASUN. Pues sí; la sacaron una copla a propósito de aquello que pasó en la Fuente del Gato. Es raro que no sepas tú nada porque la canta toda Barcelona...

TERE. Pues no, no sabía nada...

ASUN. Los amos han oído la copla y... la han puesto de patitas en la calle. Como Pablo se fué a la guerra va para dos meses, ella no tiene más apoyo que el del señor Clemente, pero como no era cosa de que se metiera en casa de un hombre viudo y solo, porque hablarían más de lo que han hablado...

TERE. ¡Bah! Esa puede ir donde sea. Ya no tiene nada que perder.

ASUN. Calla, murmuradora. Marieta tuvo un mal momento pero nada más.

TERE. ¿Sabe usted que ha cambiado usted mucho?

ASUN. Yo siempre soy la misma. En cuanto veo a alguien ir por mal camino, me da lástima y... y si has terminado dejemos la conversación que tengo muchas ocupaciones. (*Se levanta.*)

TERE. Oiga, usted, Asunción. ¿Me deja usted que venga a ver pasar la reina desde su casa?

ASUN. No faltaría más.

TERE. Lo digo porque como va a venir la Marieta y sabe usted que no nos tenemos mucha simpatía...

ASUN. No te preocupes y ven, si es tu gusto.

TERE. Pues muchas gracias y hasta luego. (*Mutis por el foro.*)

ASUN. (*Al mozo que sale por la derecha.*) Anda, cierra la tienda que va a empezar a aglomerarse la gente para ver pasar a la reina y no quiero disgustos. (*El mozo hace mutis por el segundo término izquierda.*) Si se creerá la Teresina que no ignoro yo que fué ella la que sacó la copla de la Marieta. Si supiese que lo que yo hago por esa chica no es todo bondad...

RAMÓN. (*Dentro.*) Espera, hombre, espera. No cierres que voy a entrar yo.

ASUN. Ya está ahí el señor Ramón.

RAMÓN. (*Entrando por el segundo término izquierda.*) Alégrese mujer, que todo está arreglado. Para que vea usted con qué interés tomo sus cosas.

ASUN. Eso quiere decir que mi asunto...

RAMÓN. Esta mañana se solucionó satisfactoriamente. Pero no repita usted la suerte porque ahora la he salvado yo, pero otra vez no la salva ni la paz y caridad. Ha habido que inventar testigos y darles muchas onzas para que declarasen que todo fué una venganza para perjudicarla, que usted era ajena al alijo... Hasta el guardia a quien usted abofeteó al ser detenida, ha dicho que el golpe del ojo se lo hizo contra el boliche de la cama. Mis treinta duros me costó que lo dijese así.

ASUN. Pues los favores son favores y los negocios son negocios. Usted me ha cumplido lo que me prometió y yo he hecho otro tanto con usted.

RAMÓN. ¿De veras?

ASUN. Tan de veras que el baúl de Marieta lo tengo yo en mi casa.

RAMÓN. ¿Y ella?

ASUN. ¿Ella? Si espera usted un rato la verá entrar por esas puertas.

RAMÓN. Muy bien.

ASUN. Yo se la he traído a mi casa y mi casa es de usted; ahora lo demás corre de su cuenta... Malicia, buenas palabras y mucha maña...

RAMÓN. (*Mostrándola un estuche.*) Y este talismán que empleo yo siempre y que siempre me da buen resultado.

ASUN. ¡Una sortija!

RAMÓN. De oro y piedras finas.

ASUN. La de enmedio es un diamante de veras...

RAMÓN. Cuarenta y cinco duros me costó.

ASUN. Encaprichado hay que estar para gastarse eso en una criada de servir...

RAMÓN. Es que una joya como esta, pesa mucho en el corazón de las muchachas... Las jóvenes son como las alondras y estos los mejores espejuelos... ¡No falla una!

ASUN. Y más cuando yo ya le doy a usted la alondra metida en una jaula. Y conste, señor Ramón, que esto lo hago por tratarse de usted y sólo por tratarse de usted, que estos papelitos no me ha gustado hacerlos nunca. La Asunción no tiene necesidad de eso para vivir honradamente, que a mí, a decencia y buenos sentimientos no me gana nadie.

RAMÓN. Eso se vé y no hay necesidad de que usted lo diga. ¿Y tardará mucho en venir Marieta?

ASUN. Calculo que estará aquí antes de que la reina pase.

RAMÓN. Pues mejor es que no me vea en su casa

cuando llegue... Podría asustarse y... Voy a dar una vueltecita y volveré.

ASUN. A ver las chicas ¿eh? Ya está usted buena pieza... (*El señor Ramón hace mutis por el foro riéndose. Por la izquierda, segundo término, entra el mozo de la tienda.*)

MOZO. Ya está cerrada la tienda y todo en orden.

ASUN. Pues por hoy, has terminado tu trabajo.

MOZO. Entonces, hasta mañana, mi ama.

ASUN. Adiós, hombre. (*Sale el mozo por el foro, Pausa. Se oyen unos golpes en la puertecilla del primer término izquierda.*) ¿Quién llamará con tanto misterio por la puertecilla de la escalera? (*Va hacia dicha puerta y la abre.*) ¡Ah! ¿Sois vosotros? Pasad. Pasad.

SEBA. (*Asomando la cabeza y sin entrar.*) Cierre usted antes la puerta de la calle.

ASUN. Jesús, cuanto secreto. (*Cierra la puerta del foro y vuelve hacia la otra.*) Ya está cerrada.

SEBA. *Entrando en escena y dirigiéndose hacia dentro.*) Ya podemos entrar.

NANDO. (*Apareciendo seguido de Jacinto el tonelero y un hombre.*) Salud y constitución.

ASUN. Pero ¿a qué viene este misterio?

SEBA. Señora Asunción, los amigos son para las ocasiones.

NANDO. ¡Bien dicho!

ASUN. ¿También estás tu aquí?

NANDO. Me encontré con estos, me pidieron auxilio en nombre de la idea y aquí estamos todos.

JACINTO. Todos y yo.

ASUN. ¿También te has metido tú a revolucionario?

JACINTO. Desde que me casé con la cuñada de éste soy más revolucionario que él.

NANDO. Como digas que eres más revolucionario que yo, te cojo de los fondillos del pan-

talón y te pongo en la calle sin necesidad de abrir la puerta.

SEBA. Basta. Aquí no hemos venido a discutir quien es más revolucionario. Eso se prueba cuando llega el momento y hoy tenemos ocasión de probarlo.

NANDO. Bien dicho.

SEBA. Ahora a lo que importa. Señora Asunción, necesitamos armas.

ASUN. Virgen Santísima ¿qué dices?

SEBA. Digo que me consta que usted tiene armas de contrabando escondidas...

ASUN. ¿Qué he de tener? Desde el alijo del falucho no me dedico a eso.

SEBA. Basta de mentiras y remilgos. Y o nos las vende usted de buen grado o las cogemos por la fuerza.

JACINTO. La mía puede usted ahorrársela. Yo he hecho en la confitería unos confites envenenados que bastan para matar a media Barcelona.

NANDO. ¿Pero tú crees que van a venir a pedirnos confites a la barricada?

ASUN. ¿Barricada? ¿Qué queréis hacer, hombres de Dios?

SEBA. Cumplir nuestro deber. Salvar la honra de Espartero y de la Constitución. Derribar a la Reina.

ZAPA. ¡Eso mismo!

NANDO. ¡Viva la juerga!

JACINTO. ¡Viva!

ASUN. ¿Pero por qué haceis esto? (*A Jacinto.*)

JACINTO. Eso lo sabe mi cuñado

ASUN. (*A Nando.*) ¿Por qué lo haceis?

NANDO. (*Por Sebastián.*) Eso lo sabe este.

SEBA. Pues claro que lo sé

ASUN. Si ya no hay Carlistas en España. Si el General Espartero los ha vencido a todos...

SEBA. Pero ahora quieren vencer a Espartero y derribar la Constitución. Desde que la

reina llegó a Barcelona, han pasado tales cosas que hasta los republicanos nos hemos hecho esparteristas. Ayer nombraron gobierno nuevo y la reina firmó un decreto suprimiendo artículos de la Constitución para atentar a los Ayuntamientos. Los ricos, los de levita y sombrero de copa quieren demostrar que Espartero no es nadie y han organizado lo de hoy. Como ellos son pocos, han cogido a todos los muertos de hambre y les han vestido de mamarrachos poniéndoles sombreros de copa para que griten. ¡Viva la Reina y muera Espartero!

ASUN. ¿Con sombrero de copa? Ya salió aquello.

NANDO. A tres mozos de cuerda he visto yo con otras tantas chimeneas en la cabeza.

ZAPA. Y yo a dos zapateros.

JACINTO. Hasta mi padre está despachando en la confitería con un sombrero de este alto.

ASUN. ¿Y qué pensáis hacer?

SEBA. Gritar: ¡Viva Espartero!, y defender la Constitución levantando barricadas si fuere necesario. Conque díganos donde están las armas y tome usted este dinero y procure callar si no quiere que le cueste caro...

ASUN. Bueno, hombre. Conque no digáis que yo os dí las armas...

SEBA. Descuide usted.

ASUN. (*Haciendo mutis por la derecha.*) ¡Cuándo querrá Dios que acabe todo esto...!

SEBA. Ya lo sabéis. Todos los nuestros harán lo mismo. Al primero que grite ¡Muera Espartero...!

NANDO. ¡Garrotazo!

SEBA. Y si la cosa se pone mal a levantar barricadas...

ASUN. (*Volviendo con armas.*) Aquí tenéis y no descubrirme.

SEBA. Andando.

NANDO. Salud y Constitución. (*Se vau por donde entraron.*)

ASUN. En cuanto vean a la reina empezarán a darla vivas y a tirarla flores... (*Llaman en la puerta del foro.*) ¿Vendrán por más sillas o por más armas? (*Abre. Aparece Marieta.*) ¡Ah! ¿Eres tú? Pasa, hija, pasa.

MARI. Buenas tardes. ¿Me han traído la ropa?

ASUN. Allá dentro tienes el baúl.

MARI. No sé como agradecerle lo que hace usted por mí.

ASUN. ¡Quieres callar, mujer!

MARI. A no ser por usted, en medio de la calle me vería a estas horas, sola y sin saber donde dirigirme. ¡Y Pablo, que creía que al acabar la persecución de los carlistas le dejarían libre...! Sí, sí .. Encerrado sigue y ni a la calle los deja salir el general... Esto me hace temer que la guerra no está tan acabada como parece...

ASUN. No te preocupes tú por eso..

MARI. Es que si me matasen a mi Pablo... ¡No quiero ni pensarlo...!

ASUN. Lo malo sería que te dejase sin que le mataran ..

MARI. ¿Dejarme mi Pablo? No, señora Asunción, Pablo no sería capaz de semejante villanía... No lo piense siquiera porque me lo hace usted pensar a mí y... ¡Quiera Dios que no ocurra porque si ocurriese me moriría de pena y de vergüenza...!

ASUN. No es para tanto, mujer. Eres muy joven y no eres fea y... Hombres hay que harían por tí los mayores sacrificios... Ramón, por ejemplo; ese sí que es una buena proporción para cualquiera... Espléndido, con dinero y que si le pides que trepe es capaz de trepar por una enredadera...

MARI. Calle usted, por Dios. En muy poco me

tengo para ser la mujer legítima del señor Ramón, pero me tengo en mucho para poder ser su querida. Si el señor Ramón ha pensado esto, que vuelva la vista hacia otro lado.

ASUN. Te advierto que no tengo ningún interés en ello.. Te lo digo porque te aprecio, porque miro por tu bien, porque...

CLEM. (*Por el foro.*) ¿Hay permiso?

MARI. Dios guarde a usted, señor Clemente.

ASUN. (*Aparte.*) ¿A qué vendrá este aguafiestas? (*Alto.*) ¿A qué debemos el gusto de verle aquí?

CLEM. Vengo a hablar con Marieta.

ASUN. Si les estorbo...

CLEM. No; puede usted quedarse como si estuviese en su casa.

ASUN. Vaya, se lo agradezco.

CLEM. No hay de qué.

ASUN. ¿Sabe usted que para estar en mi casa emplea usted un tono poco amable, señor mío?

CLEM. Señor, bueno; pero no de usted.

ASUN. ¿Cómo?...

CLEM. Quédese si quiere, pero no interrumpa porque he de hablar a Marieta y tengo prisa.

MARI. Ya le escucho a usted, señor Clemente.

CLEM. He sabido por Cayetana que te han echado de la casa y que te has hecho traer aquí la ropa. Me parece que habiendo sido yo como un hermano de tu padre y no teniendo otra persona que te quiera más, debí saberlo por tí misma antes que viniesen a contármelo las personas extrañas.

MARI. Tiene usted razón. Pero cuando sepa usted que los amos empezaron a ponerme mala cara y a tratarme mal y que fué un consejo de usted el que me hizo marcharme del bario...

CLEM. ¿Un consejo mío?

MARI. ¿No me dijo usted hace tiempo que lo mejor que podía hacer era irme lo más lejos posible de aquel sitio?

CLEM. Pero no para venir a esta casa. Ese es un disparate que no tiene nombre.

ASUN. ¿Es que ha hecho algún mal?

CLEM. Mire usted, señora. Ahora hablo yo y a usted no le da nadie vela en este entierro.

ASUN. Está usted en mi casa.

CLEM. Y deseando marcharme...

SIRV. 1.ª (*Por el foro.*) Señora Asunción, de parte de mi amo que si tiene usted algún sombrero de copa que no esté muy usado.

ASUN. Tengo visita y no puedo ocuparme de nada... (*Aparte.*) ¡Qué hemos de hacerle! *Alto.*) Pasa y lo veremos... (*Aparte, mientras mutis por segundo término izquierda, seguida de la sirvienta.*) ¡Qué inoportunidad!

CLEM. (*Al quedarse solo con Marieta.*) Ahora mismo coges tu baúl y te vienes a mi casa conmigo que allí hay mejores vistas y más limpieza y menos peligro para la honra de las muchachas. Todo esto se ha hecho con lágrimas de muchos pobres que han tenido que dejar sus miserias entre las uñas de esta pantera. Y no te digo todo lo que es esta tía porque hay que marcharse de esta casa lo más pronto posible.

MARI. No puedo marcharme como si escapase, señor Clemente.

CLEM. ¿Por qué?

MARI. Escúcheme y véngase a razones. Cuando los amos, por culpa de la maldita copla, me hicieron ver con malas caras y con malos tratos que allí estaba de más, me ví sola en medio de la calle, desamparada, perdida sin saber donde ir... Entonces

me encontré en el Mercado con la señora Asunción y ella me ha ofrecido su casa desinteresadamente, y su apoyo y una cama donde dormir bajo techado y un pedazo de pan para que no pasase hambre.

CLEM. ¡Y crees que lo hizo desinteresadamente?

MARI. Está claro. ¿Qué puede esperar de mí?

CLEM. Pero ¿por qué viniste?

MARI. ¿Dónde quería usted que fuese?

CLEM. ¿Es que yo no soy nadie?

MARI. Para mí, y después de mi Pablo, más que nadie.

CLEM. ¿Entonces...?

MARI. Pero comprenda usted que ahora no es como antes. Desde que una mala mujer me hizo aquella copla, de mí se habla y se murmura y... usted es viudo y vive solo y a esa copla añadirían otras peores si me fuese a su casa, y los murmuradores dirían que mientras Pablo está encerrado en el cuartel ignorante de todo, yo, la Marieta de la copla, la pobre Marieta de los ojos vivos, tenía un hombre viudo para entretenerse...

CLEM. No es posible que sea tan mala la gente...

MARI. Lo bastante mala para no creer que hay hombres tan buenos como usted...

CLEM. Bueno, me avengo a tus razones, pero busca casa y vete de aquí mejor mañana que pasado. Sobre todo cuida de hacer todo lo contrario de lo que esa lechuza te aconseje.

MARI. Esta misma tarde buscaré casa y, si la encuentro, mañana a primera hora me marcharé de aquí.

CLEM. Y yo también me ocuparé de ello que estoy obligado a velar por tí, primero por el cariño que guardo a la memoria de tu padre y después porque esa fué la promesa que a tu Pablo le hice.

MARI. Gracias por los dos, señor Clemente.

CLEM. Y me voy porque sale esa bruja y solo verla me hace daño.

MARI. Que Dios le acompañe siempre, que bien se lo merece usted por bueno.

CLEM. Que Dios quede contigo que más que yo necesitas su apoyo. (*Sale por el foro.*)

ASUN. (*Dentro.*) Anda con Dios.

SIRV. 1.ª (*Saliendo del segundo término izquierda.*) Hasta más ver. (*Cruzando hacia el foro.*) Adiós Marieta. (*Aparece Asunción.*)

MARI. Adiós mujer... (*Sale la sirviente por el término indicado.*)

ASUN. ¿Se acabó la audiencia? El señor Alcalde de barrio me habrá puesto de vuelta y media, ¿no?

MARI. No haga caso. Ya conoce su genio. En el fondo es bueno como el pan.

ASUN. No te fíes mucho. Estos viejos que les brindan protección a las muchachas como tú, todos buscan lo mismo.

MARI. Con el señor Clemente se equivoca usted. No todos son como el señor Ramón. (*Yendo a la puerta del foro.*) Pero, mire, mire. Los nacionales empiezan a cubrir la carrera a todo el largo de la calle.

ASUN. Pues la reina no tardará en pasar.

MARI. Voy a arreglarme un poco para salir a verla.

ASUN. El baúl, lo tienes ahí dentro. De paso coge unas flores que he comprado para echárselas a su majestad. Están sobre la cómoda. (*Marieta hace mutis por la derecha.*) Parece que el señor Ramón se tarda. (*Pausa.*) (*El soldado primero vestido con traje de gala, entra por el foro.*)

SOL. 1.º Ave María.

ASUN. ¿Qué desea?

SOL. 1.º ¿Quiere hacerme el favor de darme un poco de agua.

ASUN. No faltaba más. Voy por un vaso.

SOL. 1.º No hace falta. Beberé aquí mismo, en el cántaro. *(Bebe.)*

ASUN. A ver si le riñen por separarse de la formación.

SOL. 1.º No; ahora el cabo, va hacia abajo

ASUN. La verdad es que tener que aguantar de pie tres o cuatro horas con el calor que hace...

SOL. 1.º Todo sea por la Milicia Nacional. Vaya, muchas gracias y a mandar... *(Hace mutis por el foro.)*

ASUN. Creí que venía a registrar la tienda por si encontraba armas. No gana una para sustos.

CAYET. *(Entrando por el foro muy elegante y llorosa.)* ¡Ay, señora Asunción!... ¡Qué desgraciada soy!...

ASUN. Mira, qué elegante vienes... No será tu desgracia carecer de ropa.

CAYET. ¿Usted ve este vestido de tantos colores? Pues de luto traigo el corazón.

ASUN. No sé qué más puedes pedir... No todas las criadas tienen la suerte de casarse con el hijo del confitero que es nada menos que regidor.

CAYET. Es que lo que a mí me pasó en la Fuente del Gato, no les pasa a todas.

ASUN. A casi todas, Cayetana; y la mayor parte se quedan compuestas y sin novio.

CAYET. Pues esta es una de mis desgracias, señora Asunción. Que no sé si soy señora o soy criada todavía. Ya ve usted si es amarga mi vida. Mi suegro dice que soy señora pero me hace pasar el día envolviendo caramelos.

ASUN. ¿Quiéres vida más dulce?

CAYET. Pero no es esto lo peor. Lo peor es que Jacinto se me ha hecho revolucionario. Mi cuñado le ha vuelto el seso y estoy

viendo que un día me lo matan o me lo destierran.

ASUN. No será para tanto...

CAYET. Y por si esto fuera poco, aquí me tiene usted entre dos deberes. Mi suegro me dice que me engalane y que me vaya con él al Ayuntamiento para dar vivas a la Reina. Lo hago y me coge Jacinto y me dice: Cayetana, tú eres la mujer de un revolucionario, por consiguiente te quedas hoy en casa para que cuando la reina pase por el Ayuntamiento, note tu falta y comprenda que tú y yo no estamos conformes con ella...

ASUN. Vamos, que ya me veo yo a la reina mirando al balcón del Ayuntamiento y preguntando extrañadísima a un general de esos: Pero, ¿cómo no está ahí la Cayetana?

CAYET. Figúrese la cara que va a poner ese general cuando la reina le haga la pregunta..

ASUN. Y lo preocupada que va a quedarse la reina cuando note tu falta. Como que puede ser que esta noche no cene del disgusto.

CAYET. Ah, pues eso no. Desobedeceré a Jacinto y haré caso a mi suegro.

ASUN. Claro, mujer. Tú no debes permitir que la reina pase hambre por tu culpa.

CAYET. Verdad, verdad. Corro al Ayuntamiento y muy agradecida a su consejo, señora Asunción. Ahí es nada; dar a la reina un disgusto como ese... (*Hace mutis por el foro.*)

ASUN. Todas las tontas tienen suerte. A esta le ha salido bien el resbalón.

RAMÓN. (*Entrando por el foro.*) ¿Quién es esa señora tan elegante?

ASUN. La Cayetana.

RAMÓN. Cómo cambia la gente. Vaya un lujo que

lleva. Y vaya un lujo que hay por todas partes. Nunca había visto tanto sombrero de copa como hoy. (*Se oyen los cañonazos de la Ciudadela. En la calle animación.*) ¿Oye usted? Son las salvas de la Ciudadela. La reina ha salido de Palacio.

ASUN. La reina ha salido de Palacio y la Marieta ha entrado en esta casa.

RAMÓN. ¿Y dónde está?

ASUN. Ahí dentro.

RAMÓN. Voy a verla.

ASUN. No sea usted imprudente. Para cazar palomas hace falta cachaza, de lo contrario se asustan y levantan el vuelo... Yo la llamaré.. (*Llamando.*) ¡Marieta!

MARI. (*Dentro*). ¡Mande usted!

ASUN. Sal un momento que te buscan.

MARI. ¡Allá voy!

RAMÓN. Y usted, Asunción, ¿no va a ver la tropa?

ASUN. Entendido... Ahí se queda usted y cachaza señor Ramón, cachaza. (*Hace mutis por el foro. El señor Ramón cierra la puerta del foro con llave que se guarda y se asegura de si está bien cerrada la puertecilla de la izquierda. Sale Marieta por la derecha.*)

MARI. ¿Quién me busca? ¡Ah! ¿es usted?

RAMÓN. Vine por ver pasar a la reina y como me han dicho que tú estabas aquí, pensé: ¿Para qué más reina que la Marieta?

MARI. Bueno, señor Ramón. Para que usted diga esas bromas y para que yo las oiga sin enfadarme mucho, mejor estamos en la calle porque la procesión está pasando por ahí fuera. .

RAMÓN. Sí, pero a mí...

MARI. A usted le va por dentro, ¿no es verdad?

RAMÓN. Déjate de burlas, Marieta, y como yo soy hombre de pocas palabras y de menos galas retóricas, hablemos claro que es-

como se entiende bien la gente. Tú puedes y debes y vas a ser feliz...

MARI. Si es eso a lo que ha venido, ahórrese palabras y vamos a la calle.

RAMÓN. He venido a eso y a traerte una cosa...

MARI. ¿Qué es ello?

RAMÓN. (*Sacando el estuche y desenvolviéndolo del papel.*) A traerte este regalito.

MARI. No se moleste en desenvolverlo y guárdeselo, para el día en que Pablo quede libre y no venga a buscarme.

RAMÓN. ¿Es qué te burlas?

MARI. Es que estoy harta ya de sus persecuciones y de sus zalemas.

RAMÓN. Melindrosa te has vuelto...

MARI. No se vuelve quien como yo nunca dejó de ser lo que fuí siempre: una mujer decente...

RAMÓN. Yo creía que desde lo de la Fuerte del Gato serías menos asustadiza...

MARI. ¿Qué? No le digo a usted que es usted un mal hombre porque eso no puede cogerlo de sorpresa a un hombre como usted. Pero sepa usted una cosa y no lo olvide nunca: si en la Fuente del Gato pude caer en los brazos de un hombre, fué porque le quería y porque con su cariño y con su nombre prometió pagar mi sacrificio, pero ni entonces, ni hoy lo haría por todo el oro de la tierra, que quien se entrega por cariño se da y quien se entrega por dinero, se vende. Así pensó y pensará siempre la Marieta de la copla, la Marieta de los ojos vivos *(Se oye en la calle el bullicio de la comitiva que se acerca.)*

UNA VOZ. (*Dentro.*) ¡Viva la reina!

OT. VOZ. (*Dentro.*) ¡Viva la reina gobernadora!

RAMÓN. ¿De modo que no me das esperanza ninguna?

MARI. Ninguna.

RAMÓN. ¿De forma que te niegas?
MARI. ¿Pero cuantas veces se lo voy a repetir?
RAMÓN. Pues bien, lo que me niegas de grado, lo tendré a la fuerza.
MARI. ¿Qué quiere usted decir?
RAMÓN. Que estamos solos. Que la llave de esa puerta la tengo yo. Que eres débil, que soy más fuerte que tú y que es inútil toda resistencia.
MARI. ¿Será usted tan canalla?
RAMÓN. ¡Míralo! (*Avanzando hacia ella.*)
MARI. (*Corriendo hacia la puerta.*) ¡Auxilio! ¡Auxilio!
VOCES. (*Dentro*). ¡Viva la reina!
RAMÓN. No pueden oirte. Ahoga tu voz el ruido de la calle...
UNA VOZ. (*Dentro.*) ¡Muera Espartero!
RAMÓN. ¿Eh? ¿Qué ha gritado?
MARI. Me oirán. ¡Auxilio! Auxilio!
RAMÓN. Es inútil que grites. El bullicio crece por momentos ..
UNA VOZ. (*Dentro.*) ¡Muera la reina!
OT. VOZ. (*Dentro.*) ¡Viva la Constitución!
RAMÓN. Ahora te oirán menos porque eso es un motín que ha estallado... Ven, Marieta...
MARI. ¡Socorro! (*Unos tiros*)
RAMÓN. ¿Cómo quieres que vengan en tu auxilio cuando en la calle se debe estar luchando?
ASUN. (*Dentro golpeando la puerta.*) ¡Abrid!
MARI. ¡Señora Asunción, por favor!
ASUN. (*Lo mismo.*) ¡Abrid!... ¡Que viene la tropa! ¡Que están haciendo aquí mismo una barricada!
RAMÓN. No abriré... Que se hunda la casa pero venga la muerte mientras tú caes entre mis brazos ..
VOCES. (*Dentro.*) ¡Muera la reina! ¡Viva la Libertad! (*Se oyen tres toques de atención. Después una descarga.*)

RAMÓN. Ya ves que no hay defensa para tí.
MARI. Pues bien, por mí sola me defenderé. Acérquese y a pedazos le quitaré la carne con los dientes; atrévase a tocarme y con las uñas le arrancaré los ojos...
RAMÓN. ¡Hazlo si puedes! (*Yendo hacia ella. En la puerta de la izquierda dan fuertes golpes.*)
SEBA. (*Dentro.*) ¡Abrid! ¡Abrid!
MARI. ¡Sebastián! (*Corriendo hacia la puerta.*)
RAMÓN. (*Queriendo detenerla.*) ¡Marieta!
MARI. (*Desprendiéndose del señor Ramón y corriendo a la puertecilla de la izquierda, que abre.*) ¡Sebastián!
SEBA. (*Entrando y entornando la puerta detrás de sí.*) ¡Al fin!
MARI. (*Viendo que Sebastián trae herida una mano.*) ¡Tú! ¡Herido!
SEBA. ¡María! ¡Gracias, me has salvado la vida!
MARI. Y tú la mía a mí.
SEBA. ¿A tí? ¿De quién?
MARI. De ese mal hombre, que aprovechándose de serlo y de que yo estaba aquí sola sin que nadie viniese en mi defensa, trataba de hacerme caer entre sus brazos a la fuerza...
SEBA. ¿Tú? ¿Tú te has atrevido con Marieta? *Va hacia él y le tira al suelo. Ramón se va a defender con la llave de la puerta y el otro se la quita)*
MARI. ¡Déjale, Sebastián! (*Sujetándole.*)
SEBA. ¡Suelta! ¡Suelta! (*Forcejeando con Marieta.*)
RAMÓN. (*Poniéndose en pie y escapando por la puertecilla de la izquierda.*) ¡Ya me las pagaréis! (*Sale. Sebastián va hacia la puertecilla y Marieta se adelanta y la cierra.*)
MARI. ¿Vas a perderte por semejante hombre?
SEBA. No es por él, es por tí.
MARI. Déjale ahora y dime lo que ha pasado.
SEBA. El pueblo que no ha podido soportar que unos cuantos cobardes quieran acabar

con la Constitución y desterrar a Espartero. Nos hemos lanzado contra ellos y la tropa ha disparado... Delante de esta misma puerta *(por la del foro)* hemos hecho nuestra barricada.

MARI. Pero, ¿y la señora Asunción que llamaba para que la abriese?

SEBA. Se ha encerrado con otras mujeres en la tienda de enfrente.

MARI. Pues trae que te vende esa mano *(lo hace.)* ¿Te hago daño?

SEBA. ¿Cómo quieres que sepa si me duele esta herida cuando llevo otra mayor en el corazón? *(Se oye un toque de generala.)*

MARI. ¿Qué es eso?

SEBA. Tocan a generala. No tardarán en disparar contra la barricada. Adiós, Marieta. *(Coge la llave y se dirige a la puerta del foro.)*

MARI. No; tú no sales de aquí.

SEBA. Déjame, Marieta. La vida me estorba y cuando llega este momento en que puedo jugármela por una causa noble, sería un loco si lo desperdiciase.

MARI. ¡Calla! Te ruego que no vayas.

SEBA. ¿Aún quieres que me sacrifique más por tí?

MARI. Tú sabes que no puedo quererte más que como a un hermano... que soy suya... que...

SEBA. ¡Calla tú ahora! ¿Por qué la bala esta no me habrá partido el corazón? *(Se oyen golpes en la puerta de la izquierda).*

UNA VOZ. ¡Abran a la fuerza!

SEBA. ¡Los soldados!

MARI. ¿Te persiguen?

RAMÓN. *(Dentro).* Os digo que aquí hay uno.

MARI. ¡Es el señor Ramón el que te ha delatado!

SEBA. ¡Canalla! Abre, Marieta, abre *(Más golpes en la puerta).*

MARI. ¡No!

SEBA. Te matarían a tí también por encubrirme. Abre, Marieta.

MARI. Calla. Yo te aseguro que nada pasará. Escóndete aquí... (*Por la derecha*). Ven. Deprisa....

SEBA. Registrarán.

MARI. (*Empujándole*), Déjame hacer y calla... (*Esconde a Sebastián en la derecha y se dirige a la puertecilla de la izquierda*). ¡Ayúdame, Señor! (*Abre. Entra Pablo con galones de cabo, un soldado y el señor Ramón*).

RAMÓN. Aquí está.

PABLO. (*Al ver a Marieta.*) ¡Tú!

MARI. ¡Pablo!

PABLO. ¡Tú! (*Al soldado.*) Ve tu por la otra calle. (*Al señor Ramón.*) Usted retírese y métase en su casa si no quiere exponer su vida. (*El soldado y el señor Ramón salen por donde entraron.*)

MARI. ¡Pablo!

PABLO. ¡Tú! ¡Tú aquí y encerrada a solas con un hombre!

MARI. ¿Qué piensas, Pablo?

PABLO. ¿Dónde está ese hombre?

MARI. Pablo...

PABLO. Vamos, dime donde está.

MARI. Aquí no hay nadie.

PABLO. ¡Mientes!... Aquí dentro se ha escondido un hombre!... Le han visto .. Entrégamelo.

MARI. ¡Nunca!

PABLO. Marieta, piensa que los jefes me han mandado buscarle, que no puedo salir de aquí sin él, vivo o muerto...

MARI. Pablo, escúchame...

PABLO. Piensa que si salgo de aquí sin él, cometo un delito que me cuesta la vida...

MARI. Pues bien, mátame a mí, Pablo.

PABLO. Dime por qué le ocultas...

MARI. Dime tú lo que de mí sospechas...

PABLO. Tú me haces sospechar...
MARI. ¿Yo?
PABLO. Dime quien es ese hombre...
MARI. Nadie... No le conoces... Es... un herido.
PABLO. ¡Mientes!... ¡Mientes!.., ¡Es tu amante!
MARI. ¡Pablo!
PABLO. El señor Ramón me lo ha dicho bien claro. Es inútil que me ocultes su nombre. Si quieres te lo diré yo. Es Sebastián. Lo callaba para probarte, para ver hasta qué punto llegaba tu cinismo...
MARI. ¡Calla! ¡Calla!
PABLO. Ahora lo veo claramente. Fuiste de él antes que mía...
MARI. ¿Eh?
PABLO. Por eso aquel día hizo él lo que hizo. Y aun quiso humillarme perdonándome la vida porque se lo pedías tú. Pues bien, favor por favor, humillación por humillación... ¡Quédate siempre con él! ¡Perdida más que perdida!...
MARI. (*Cayendo a tierra.*) ¡Y lo dice él! ¡El!
PABLO. (*Al soldado que vuelve.*) Vamos a la calle de la Espartería. Ese hombre ha escapado. (*Hace mutis por la puerta de la izquierda.*)
SEBA. (*Saliendo.*) ¡No! ¡Eso no! ¡Pablo! ¡Pablo!
MARI. ¿Dónde vas?
SEBA. ¡A entregarme! ¡A decirle la verdad! ¡A ser un hombre!
MARI. ¡Es inútil! ¡Ya ha dado la vuelta.
SEBA. Entonces por aquí (*Abre la puerta. El cuadro que aparece debe tener mucho color. En la misma puerta hay una barricada donde se parapetan, dispuestos a disparar, media docena de hombres. Sebastián corre a ellos.*)
MARI. ¡Sebastián!
SEBA. (*Subiéndose a la barricada.*) ¡Allí! ¡Allí está Pablo! ¡Pablo! ¡Pablo! ¡Vuelve por Marieta! ¡Es tuya! ¡Solo tuya! (*Se oye una corneta.*)

MARI. ¡Baja, Sebastián! ¡Esa corneta anuncia la descarga!

SEBA. No oye. Está lejos. ¡Pablo!
Los hombres de la barricada.—¡Baja, Sebastián! ¡Van a disparar! ¡Baja!

SEBA. ¡No! ¡Pablo! (*Otro toque de corneta y la descarga. Sebastián cae dentro del escenario gritando.*) ¡Viva la libertad!

MARI. (*Corriendo a él.*) ¡Sebastián!

CLEM. (*Por la puertecilla de la izquierda.*) ¡María! ¡Ven conmigo!

MARI. ¡Muerto! ¡Muerto por mí!

CLEM. ¡Sebastián! No importa. Ven conmigo, sálvate tú...

MARI. ¡No! ¡Era un hombre! ¡Dió su vida por mí! ¡Era un hombre!

CLEM. Pero el otro es el padre de tu hijo... ¡Vamos, María, vamos! (*Trompetas a lo lejos.*)

TELÓN

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Telón corto. Patio del Hospital de la Santa Cruz. Un banco de piedra a la izquierda.
Tomasetti, con una mano vendada aparece discutiendo muy indignado con el enfermero.

TOMA. ¡Questo es horrible!
ENFER. ¿Y qué quiere usted que le haga yo?
TOMA. ¿Io non poso traballare! La revolta e la mia roina. Io sono robinato... El mío oficial ha morto, la mía casa ha morto, e io... (*Mostrando el dedo vendado.*) ¡Per la Santa Madona! Un dito tuto estropeado...
ENFER. Aquí ya le hemos curado y esa era nuestra sola obligación.
TOMA: Bene.... Io sono curato, pero io no podere traballare...
ENFER. Pues descanse.
TOMA. ¡Que reposi, que reposi...! Voi estate un bromista. Si io fuera un hombre casado, io faría traballare a la mía esposa. ¡Cosa estúpida questo paesse! Vengo de L'Italia, planto una tienda di arte..., trabacco...

Un día los esparteristis, altra los zurbanistis, los Mariacristinistis... ¡Recristinistis, la citá e tuto una olla de grillos! Nadie compra marcos ni pinturas e io estoy roinato...

ENFER. Bien, bien, pero aquí no nos importa nada de eso.

TOMA. ¡Oh! Yo declararé la guerra a Espartero y tiraré bombas a la citá. ¡Oh, mi dito! (*Acariciándose el dedo vendado.*) ¡Mío dito poberino...! Io sono inutile para il trabacco... (*Entran por la izquierda Pablo y el señor Clemente.*)

CLEM. Señor Tomasetti...

TOMA. ¡Oh, signore Clemente! Adio... Me ne vado de esta Barcelona maladetta.

CLEM. ¿Que se va usted de Barcelona?

TOMA. Me ne vado al mío paisse. Voy a declarar la guerra a esta maladetta citá... ¡Oh, mío dito! ¡Mío dito poberino!... Io sono inutile para el trabacco... (*Diciendo estas palabras hace mutis por la derecha.*)

CLEM. Pero ¿qué le ocurre a este ciudadano?

ENFER. Es un holgazán. Fué herido cuando el motín de los sombreros de copa. Nada; una bala se le llevó una uña y desde aquel día le tenemos aquí sin querer irse. Dice que se ha quedado inútil para trabajar. Y no es cierto... pero ni a empujones lograremos echarle.

CLEM. ¡Pobre Tomasetti! Ahora se dará cuenta de lo que valía Sebastián.

ENFER. He de advertirles, que si desean ver algún enfermo, ha pasado la hora de visita. En este hospital...

CLEM. Esperamos simplemente a que salga una enferma a quien dieron de alta.

ENFER. ¡Ah!

CLEM. Nos han avisado que viniésemos hoy y a esta hora.

ENFER. Pues, con permiso de ustedes, me retiro. (*Hace mutis por la derecha.*)

CLEM. Estás muy pensativo, Pablo.

PABLO. ¿Qué quiere usted que diga?

CLEM. Mala cara tienes...

PABLO. Hablando con claridad, señor Clemente; yo vine aquí porque usted quiso que viniera, porque usted se empeñó en ello, pero no por mi gusto.

CLEM. Comprendo. Es que ya no quieres a la Marieta, es que una vez conseguido lo que te proponías, no deseas ni siquiera verla, es que empieza a pesarte lo que hiciste, no por el mal que hayas podido causarla sino por las obligaciones que te ligan a ella...

PABLO. No, señor Clemente. Yo a Marieta la quiero mucho, mucho, pero...

CLEM. Pues si la quieres mucho, hazla tu mujer y a ser felices...

PABLO. ¿Mi mujer? ¿Usted cree que yo puedo hacerla mi mujer después de todo lo que se ha hablado de ella? Marchito está su nombre de rodar por la calle, de ir de boca en boca...

CLEM. Pero no tiene ella la culpa. Tú y todos la habéis empujado. Desde el día de aquel motín en que me prendieron como sospechoso, no he vuelto a verla... Por estar yo detenido se quedó Marieta sin auxilio ninguno y tuvo que venir al hospital para dar a luz al hijo de vuestro cariño...

PABLO. ¿Está usted seguro de que ese hijo es mío?

CLEM. ¡No sabes lo que dices, Pablo!

PABLO. Señor Clemente...

CLEM. Pero ¿es que lo dudas? ¿Es que tienes valor para dudarlo?

PABLO. Sí, lo dudo, lo dudo. En vano me empeño

en lo contrario, pero no puedo creer en Marieta.

CLEM. ¿Y desde cuando dudas?

PABLO. Desde el maldito día del motín. Desde que entré en aquella casa después de haber escuchado de labios del señor Ramón que Marieta tenía escondido a Sebastián porque Sebastián era su amante.

CLEM. Mintió aquel malvado y mientes tú si como él lo dices.

PABLO. Yo nada digo, señor Clemente. Me atengo a lo que he visto.

CLEM. ¿Y qué viste tú que pueda hacerte suponer...

PABLO. Ví que le tenía escondido, ví que temblaba al pensar que yo pudiese descubrirlo, ví que trató de engañarme diciéndome primero que no había nadie allí, añadiendo después que se trataba de un desconocido... ¿Por qué me mintió de aquella forma? ¿Por qué no me lo entregó como yo lo pedía?

CLEM. Porque él había ido allí buscando un refugio, porque entregarlo hubiera sido un crimen.

PABLO. Pero Sebastián murió por ella, en sus brazos, y cuando un hombre hace eso, es que quiere .. más aún, es que sabe que le quieren. Su recuerdo se alzará siempre entre nosotros.

CLEM. Pablo, tú sabes lo que era aquel muchacho: era un romántico. Se peleaba por sus ideales con cualquiera... por sus ideales y por sus amigos estaba siempre pronto al sacrificio. Sebastián murió para que no dudases tú de Marieta.

PABLO. ¡Para que no dudase...! ¡Y cada vez tengo la duda clavada más honda en el alma! Tan honda que ya no habrá medio de arrancarla de aquí. (*Golpeándose el pecho.*)

CLEM. Pablo...

PABLO. No insista usted, señor Clemente, Marieta y Sebastián se entendían... El uno y la otra se burlaron de mí... Por eso ha hecho usted muy mal en traerme a este sitio

CLEM. ¿Cómo te atreves a pensar así de una mujer tan buena?

PABLO. ¿Buena? (*Acercándose a el.*) Ella le supone a usted detenido y no sabe que viene usted a buscarla porque un mozo del hospital le ha avisado que hoy la daban de alta. ¿No es así?

CLEM. Exacto.

PABLO. Pues bien, mire usted a quien ha llamado Marieta para que no la falte compañía... (*Señalando a la izquierda.*)

CLEM. ¡La Asunción!

PABLO. La Asunción que ya sabemos todos que se dedica a buscar hombres de dinero para las mujeres que estén dispuestas a lo que ya está dispuesta Marieta.

CLEM. No puede ser.

PABLO. Escondámonos entre aquellos árboles. No oiremos lo que dicen desde allí, pero si se van juntas será prueba evidente de que Marieta está más que perdida. Venga usted, venga usted. (*Tirando del señor Clemente hacen mutis por la derecha. Entra la Asunción por la izquierda.*)

ASUN. No está. ¿Habrá salido ya? No; aún no es la hora. (*Se oye una campana*). Ahora debe salir. Justo. Allí viene. (*Pausa. Por la derecha viene María acompañada de una hermana de la Caridad. Asunción se retira sin que la vean.*)

HERMA. Vamos, María... Sea fuerte y tenga confianza en Dios...

MARI. Gracias, hermana.

HERMA. ¿No ha venido nadie a esperarla?

MARI. Es extraño... Yo escribí ayer...

HERMA. ¿A su padre?

MARI. Sí... al señor Clemente... Mi padre... Yo sabía que él no podría venir porque está detenido desde uno de los últimos motines .. Pero esperaba que enviase a alguien en mi busca.

HERMA. Quizás no quiera perdonar su pecado.

MARI. (*Llorando.*) ¡Pobre de mí! ¡Pobre hijo de mi corazón!

HERMA. Por su hijito no se apure... En la casa de la maternidad estará hasta que usted pueda hacerle hombre... (*Asunción se acerca.*) ¿Dónde va usted a ir ahora?

ASUN. ¿Dónde? ¡Pobrecita, conmigo! ¡No faltaba más!

MARI. ¿Con usted?

HERMA. ¿Es de la familia la señora?

ASUN. La pobre no tiene familia. Si no fuese porque de vez en cuando la he mandado yo alguna gallina para que tomase buen caldo, no sé donde estaría ahora la infeliz...

HERMA. Aquí, señora, no se trata tan mal a quien viene traído por la desgracia.

ASUN. Dios me libre de hablar mal de ustedes, que son tan buenas y tan caritativas...

HERMA. María... Ahora que ya tiene usted quien la acompañe y quien la preste apoyo, yo me retiro... ¡Que Dios la haga buena y procure no caer más en pecado!

MARI. Gracias, hermana, gracias.

HERMA. Piense que ahora tiene un hijo, que entre los hijos de nadie, espera que su madre se dignifique venga a buscarle con los brazos abiertos... Piense que no hay nada como una madre y que todos los que no la conocen van por el mundo ciegos porque no tienen la luz de los ojos maternales que les alumbre en el camino... Adiós, hija mía...

MARI. Adiós, hermana... ¡Cuideme usted a mi hijo! (*La hermana se va por la derecha secándose una lágrima disimuladamente.*)

ASUN. Basta de lágrimas, mujer... ya has llorado bastante en esta vida...

MARI. ¡Sola!... ¡Sin la calor de nadie! .. ¡Sin más familia que un hijo sin nombre que tengo que dejar en manos extrañas, del que he de apartarme, porque si le llevase conmigo, conmigo se moriría de hambre en medio de la calle! ¿Cómo quiere usted que no llore? ¿Dónde quiere que vaya? He escrito al señor Clemente creyendo que alguien vendría a buscarme de parte suya y sólo la encuentro a usted...

ASUN. El señor Clemente.. ¿Qué quieres que haga de ti el señor Clemente?.. Lo mismo que tu novio... lo mismo que todos los hombres...Muchas palabras, muchas promesas, pero cuando llega la hora de la verdad, si te he visto no me acuerdo.

MARI. ¡Pobre de mí!

ASUN. ¿Pobre de tí? Chica, no estás tan mal como parece... Estás sola, puedes hacer lo que quieras sin que te pida cuentas nadie, y eres joven... Claro que es un momento difícil de tu vida, pero otras se han encontrado en peor situación y han salido adelante... Algunas hay que gastan hasta coche...

MARI. Pero ¿y mi hijo?

ASUN. Ahora no es tiempo de que te ocupes de él.

MARI. ¡Es mi hijo!

ASUN. Tuyo... No te lo quiere quitar nadie... Ya lo creo que es tuyo... y tu cruz será en cuanto pueda ponerse pantalones. Pero por ahora has de olvidarte de que tienes tal hijo... No seas tonta y fíate de mis consejos.

MARI. Siempre ha sido usted buena para mí...

ASUN. No lo dudes.

MARI. ¿Quiere usted que vaya a servir a su casa?

ASUN. A mi casa precisamente, no; pero hay una persona que se interesa por tí y te sacaría del apuro...

MARI. Supongo que no se refiere usted al señor Ramón.

ASUN. No, mujer, no. El Sr. Ramón, después de aquello, no quiere ni oir hablar de tí... Pero, escúchame. Si te hubieras llegado a casar con tu soldado ¿qué serías? Nada... una labradora. Ahora ¿quién sabe? Sé de una amiga mía que tiene muchos conocidos... gente de mar... Americanos que vienen cargados de onzas... Ya verás...

MARI. ¡Calle! ¡Calle! ¡No quiero oirla!

ASUN. ¿Dudas? Pues voy hablarte claro. Llama a todas las puertas, veremos dónde te abren para prestarte apoyo. En todas partes te dirán que una soltera con un hijo en los brazos no tiene perdón de Dios... Te maldecirán... Te despreciarán...

MARI. ¡Calle! ¡Calle!

ASUN. Vamos... Piensa que un día, hecha una señora y llena de brillantes, podrás echar a la cara del hombre que te abandonó todo tu desprecio... Vamos, mujer...

MARI. Tiene usted razón. Vamos. ¿Qué importa el sitio donde usted quiere llevarme si ya no puedo perder más de lo que he perdido, si ya soy una cualquiera, una mujer sin honra?... Si ya no soy más que la Marieta de la copla, la Marieta de los ojos vivos... ¡Ni buena madre puedo ser que un día, mi propio hijo, me arrojará a la cara la canción! Vamos donde usted quiera. (*Hace mutis por la izquierda segui-*

da de Asunción. Por la derecha aparecen Pablo y el señor Clemente.)

PABLO. ¿Lo ve usted? La había citado aquí para irse con ella.

CLEM. ¡No es posible!

PABLO. Va donde la otra la lleva, donde la lleva su inclinación, donde debe ir...

CLEM. ¡Basta! Esa mujer es una extraviada, es una mártir y es... ¡es la madre de tu hijo, Pablo!

PABLO. ¿Mi hijo?... ¡Bah!

CLEM. Vamos, vamos en su busca...

PABLO. ¿Ir yo en su busca? No. Esa mujer ha muerto para mí.

CLEM. Pues iré yo. Yo la salvaré. Alguna vez te arrepentirás de lo que hoy haces (*Corriendo hacia la izquierda y llamando.*) ¡Marieta! ¡Marieta! (*Hace mutis.*)

PABLO. (*Cayendo desesperado en el banco.*) Marieta, ¿por qué me engañaste de esta forma si yo te quería más que a nada en el mundo?...

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Pequeña habitación en casa del señor Clemente. Ventana al fondo. A la izquierda, puerta de alcoba con cortina. A la derecha otra puerta. Al levantarse el telón se oyen dentro voces de gente que canta en la calle. El señor Clemente sentado ante una mesa, lee un periódico.

VOCES. (*Dentro cantando.*)

«A dieciseis el vino,
a dieciseis el pan...
Se acaba de morir
el pobre carnaval.»

CLEM. (*Dejando de leer.*) Con tantos gritos no dejarán dormir al niño... Y que no callan... Suerte que hoy se acaba el carnaval. (*Sigue el canto a lo lejos.*)

MARI. (*Apareciendo por la puerta de la alcoba*). Ya duerme... un ángel parece.

CLEM. Dí que es un ángel y dirás la verdad.

MARI. Y cómo le conoce, señor Clemente...

CLEM. ¡Pobrecito!

MARI. Con la mirada parece que le dá las gracias por lo que ha hecho por él y por mí...

CLEM. Mira, si vas a estar todos los días recordándomelo y haciéndome reverencias de agradecimiento, recoge los trastos y a correr mundo. Yo no he hecho nada de particular. He cumplido con mi obligación y asunto terminado.

MARI. Si todos los hombres fuesen como usted y cada uno pusiese remedio a una desgracia como esta, no habría mujeres desgraciadas en el mundo.

CLEM. Tú eres ya mi hija y el niño es mi nieto. Dios, que es muy sabio, me dejó sólo en la juventud arrancando de mi lado los dos hijos muertos en la guerra, y ahora, a la vejez, me trae la compensación de aquella pérdida dándome como hijos a tí y a tu pequeño. De modo que desde este momento se acabaron las lágrimas y las lamentaciones. A reir y a gozar de la vida y a que crezca ese niño y a enseñarle a ser hombre de bien.

MARI. ¡Qué bueno es usted! Si los demás le imitasen ya lo creo que podríamos ser felices..

CLEM. ¿De otra manera no?

MARI. La gente es tan mala. . Ya lo verá usted. En el barrio, los envidiosos, la Teresina, el señor Ramón y toda esta gentuza se dedicarán a criticarme y amargarnos la vida.

CLEM. Déjalos que critiquen... Si no hubiese malas lenguas no tendría mérito alguno la virtud. Yo entiendo la moral así. Un mal hombre te abandonó, una mala lengua te sacó una canción de deshonra; pues aquí hay otro hombre que recoge a la pobre mujer engañada y tapa la boca de aquella que cantó la injuria.

MARI. Pero así no podemos vivir toda la vida.

CLEM. Toda la vida... En él no pienses más. Pablo está muerto para tí. Tu hijo será reconocido por mí y bautizado por mí y criado por mí... Bueno, esto de criarle es un decir; lo criaras tú y yo me encargaré de hacerle hombre. Y delante de Dios, delante del cielo, tú serás mi hija, y como hija cuidarás a este viejo y gobernarás la casa de este viejo... Y pobre de aquel que se atreva a pensar mal de tí. (*En la puerta de la derecha se oye la voz del Rector*).

RECTOR. ¡Ave María!

CLEM. Pase usted, señor Rector, pase usted.

RECTOR. ¡Buenos días, señor Alcalde!

CLFM. ¿Usted por aquí? Nunca se ha visto mi casa tan honrada. Pase y siéntese.

RECTOR. (*Pasando y sentándose.*) Gracias...

CLEM. Usted dirá en qué puedo servirle.

RECTOR. (*Mirando a Marieta*). Señor Clemente... el motivo de mi visita es secreto...

MARI. Yo me retiro.

CLEM. Mire usted, padre; Marieta puede oir todo lo que yo diga y todo lo que vengan a decirme.

RECTOR. A veces, hay cosas que...

CLEM. Marieta puede oirlo porque Marieta es el ama de esta casa, y usted mismo está en ella porque Marieta lo permite.

RECTOR. En ese caso soy yo quien debe retirarse.

CLEM. En ese caso se queda Marieta y usted también se queda. Usted para decir lo que tenga que decirme y Marieta para oirlo, que cuando una persona no puede escuchar algo es porque va a ofendérsela y a Marieta no la ofende ningún hombre, ni ningún cura, ni ningún monarca..

MARI. Yo le suplico que me deje marchar, señor Clemente, el niño puede necesitarme...

CLEM. Si es por el niño, puedes hacer tu gusto.

MARI. Con permiso de ustedes... (*Hace mutis por la puerta de la izquierda.*)

CLEM. Ya le escucho, señor Rector.

RECTOR. Señor Alcalde, yo creo que, por la paz del barrio debemos estar los dos siempre de acuerdo.

CLEM. Y lo estaremos. Usted manda en la iglesia y yo en la calle; como yo no pretendo mandar en la iglesia y mientras usted no intente mandar en la calle no chocaremos nunca.

RECTOR. Muy bien, pero ni su autoridad acaba en la plaza ni la mía en el templo.

CLEM. Con todo eso quiere decir...

RECTOR. Con todo esto quiero decir, señor alcalde de Barrio, que hace mucho tiempo que no ha ido usted al tribunal del confesor.

CLEM. Pues bien, señor Rector de la parroquia, yo le digo que el señor Clemente va a confesar siempre que un pecado le pesa en la conciencia, pero el alcalde de barrio no ha hecho ni hará nunca nada que se parezca a un pecado y por eso no tiene por qué ir a confesarse.

RECTOR. Calma, calma, señor Clemente, que nos metemos en un problema de jurisdicciones y eso es lo que yo no quería.

CLEM. Pues hable claro.

RECTOR. ¿Muy claro?

CLEM. Muy claro.

RECTOR. Pues, señor Clemente; yo le digo que sus sentidos, su carne, sus pasiones le han perturbado...

CLEM. ¡Señor Rector!

RECTOR. Le han perturbado hasta el punto de hacerle ver como virtud lo que no es otra cosa que pecado... El barrio empieza a escandalizarse de su conducta.

CLEM. ¿De mi conducta?...

RECTOR. Usted ha recogido en su casa a una mujer perdida...

CLEM. A una engañada.

RECTOR. A una mujer que se dejó engañar. Una mujer que es motivo de escándalo. Las vecinas van a decírmelo a la iglesia, asustadas. Usted vive con una mujer. Con una mujer que tiene un hijo que no es de usted.

CLEM. ¿De modo que se escandaliza el barrio?... ¡El barrio!.. Se escandaliza el señor Ra-

món, el hombre que no tiene más oficio que comprar la deshonra; se escandaliza la señora Asunción que no se ocupa en otra cosa que en buscar compradores a la virtud; se escandaliza Teresina que mancha a todos con sus canciones y sus murmuraciones... Es decir, que todos los que han perdido la vergüenza y van a confesar para parecer santos, no pueden ver como yo recojo en mi casa a una desgraciada a quien ellos empujaron a la perdición... Pues yo me encuentro muy contento con hacer todo aquello que sirva de escándalo a esas gentes. Si me he de condenar por esto, espero tranquilo la condena, si me quitan la alcaldía por esto, tiro la vara y en paz... Todo antes que dejar en medio de la calle a una pobre mujer, para que de ella hagan escarnio esos «virtuosos» que se escandalizan.

RECTOR. ¿Eso significa que usted quiere a esa desdichada?..

CLEM. ¡Pues ya lo creo que la quiero! Es mi obligación. Se trata de una mujer que tiene un hijo y los dos necesitan amparo...

RECTOR. ¡Señor Alcalde!

CLEM. ¡Señor Rector!... A su sermón, y para que se acaben las murmuraciones y dejen de escandalizarse los escandalizados, sólo tengo que añadir una cosa. Prepare el libro de los Evangelios porque se le presenta a usted trabajo... El Alcalde de Barrio se casa.

RECTOR. ¿Qué dice usted?

CLEM. Que el Alcalde de barrio, Clemente García y Núñez, se casa con la Marieta.

RECTOR. (*Levantándose.*) Pero...

CLEM. Que Marieta se casa con el Alcalde de barrio.

RECTOR. ¿Usted sabe que Marieta tiene un hijo?

CLEM. Un hijo que ante Dios y ante los hombres será hijo de Marieta y del Alcalde de barrio.

RECTOR. (*Tendiéndole la mano.*) Alcalde, es usted un santo.

CLEM. Rector, yo no soy más que un hombre.

RECTOR. ¿Y eso será?...

CLEM. Mañana mismo.

RECTOR. Señor Clemente, que Dios le bendiga.

CLEM. Señor Rector, que Dios le de buena mano. (*El Rector se va por la derecha. El señor Clemente mira por la ventana. Pausa.*) Ya está en la calle... Ya le saludan las vecinas... ya le miran con sonrisa burlona... ¡Ah, lenguas venenosas, ya os enseñaré yo como se le devuelve a una mujer la honra que vosotras le quitasteis! (*Ruido de máscaras en la calle.*) ¡Pobre cura...! Ahora le rodean las máscaras... Son las mismas que ampa·ándose en la moral propalan el esc ándalo... ¡Alma del barrio, verás la lección que os va a dar vuestro alcalde. (*Por la puerta de la derecha llegan carcajadas y voces de: «No me conoces». Entran Cayetana, Jacinto y Nando que vienen disfrazados.*) Pero, ¿qué escándalo es este?

MARI. (*Apareciendo por la izquierda.*) ¡Que me despiertan al niño!

NANDO. JACINTO. CAYET. ¡Que no me conoces!

MARI. ¿Quiénes son?

CLEM. ¿Quiénes han de ser? Este es el hombre más bueno, más alegre y más franco del barrio.

NANDO. (*Quitándose la careta.*) Usted me ha conocido.

JACINTO. Y nosotros que queríamos darles un bromazo.

MARI. Pero, ¿dónde vais?
NANDO. A divertirnos.
CAYET. (*A Marieta.*) ¿Verdad que estoy elegante?
MARI. Pareces una gran duquesa.
NANDO. Esta será siempre una gran... dama del estropajo.
JACINTO. Oye tú, que es mi mujer.
NANDO. Antes de que fuera tu mujer era mi cuñada; por consiguiente digo de ella lo que quiero y como me repliques...
JACINTO. Cuidado que eres bruto...
NANDO. Más que tú... Y a lo que íbamos. Nosotros hemos pensado ir al baile y nos hemos dicho: La Marieta está muy aburrida y como un día es un día, vamos a buscarla para que se divierta con nosotros.
CLEM. ¿Al baile Marieta?
NANDO. Yo le prometo que no le pasará nada.
JACINTO. Con una careta nadie la conocerá...
CAYET. Déjela usted venir. .
CLEM. No puede ser.
NANDO. ¿Por qué?
CLEM. Porque no está bien que una mujer vaya a un baile de máscaras, la víspera de su boda.
TODOS. ¿Qué?
MARI. Señor Clemente...
CAYET. ¿Que Marieta se casa?
CLEM. Como lo estáis oyendo.
NANDO. Si es cierto, yo que no creo en nada, llevaré un cirio a la capilla de San Marcos.
CLEM. Pues ya puedes comprarlo.
MARI. Pero, ¿qué dice usted, señor Clemente?
CLEM. Que mañana te casas.
NANDO. ¿Con quién?
CLEM. Conmigo.
MARI. ¿Con usted?...
CLEM. Sí, conmigo. Marieta no podía vivir en mi casa; era un escándalo para el barrio. Los que se llaman gente de bien no po-

dían ver que una mujer y un hombre vivieran juntos sin pecar. Pues se acabó el escándalo. Yo, de puertas para fuera seré su marido; de puertas para dentro seguiré siendo lo que soy: su padre.

MARI. Señor Clemente...

CLEM. Soy ya lo bastante viejo para dejarte viuda pronto y para que sin pasar mucho tiempo puedas encontrar un hombre honrado y joven.

NANDO. Eso es un santo y no los que están en los altares. (*Llaman a la puerta*)

JACINTO. Vé a ver quien llama, Cayetana. (*Cayetana hace mutis por la derecha*).

MARI. ¡Gracias, señor Clemente, gracias por mí y por mi hijo!

NANDO. ¡Viva el señor Alcalde!

JACINTO. ¡Viva!

CAYET. (*Volviendo*). Señor Clemente...

CLEM. ¿Que hay?

CAYET. Un joven pregunta por usted...

CLEM. ¿Y quién es ese joyen?

CAYET. Es... es... un soldado...

CLEM. ¿No te ha dicho su nombre?

CAYET. Sí... Es Pablo...

MARI. ¡Pablo!

CLEM. Marieta, tú eres el ama de esta casa, tú eres quien tiene que decidir si le recibo.

MARI. No conozco a ese hombre... No quiero saber nada de ese hombre.

CLEM. Piénsalo bien, Marieta...

MARI. (*Ahogándose en sollozos*). ¡No le conozco, señor Clemente, no le conozco!

CLEM. Está bien. Hacedme el favor de dejarme con él a solas. (*Hacen mutis por la izquierda Marieta, Cayetana, Nando y Jacinto. Clemente se va hacia la puerta de la derecha y grita desde ella*). ¡Suba quien sea! (*Pausa*). Aún la quiere. Aún tiene su recuerdo dentro del corazón.

(*Aparece por la derecha Pablo*). Pasa, Pablo.

PABLO. Señor Clemente...

CLEM. Tú dirás lo que quieres en mi casa.

PABLO. Yo...

CLEM. ¿Estás ya licenciado?

PABLO. Desde ayer.

CLEM. Entonces vienes sólo para que el alcalde te dé un certificado de buena conducta... Te quieres ir al pueblo, ¿no es eso? Bien hecho. Los aires de Barcelona no le sientan bien a un campesino como tú.

PABLO. No vengo a eso.

CLEM. Entonces no sé lo que puede habérsete perdido en mi casa.

PABLO. No me haga sufrir más, se lo suplico... Vengo a ver a Marieta.

CLEM. ¿Marieta? No sé de quien me hablas.

PABLO. Le ruego que no se burle más de mi. Yo quiero a Marieta y vengo a verla. Vengo a ver a mi Marieta.

CLEM. ¿Tu Marieta?... ¿La tuya?... ¡Ya! ¡Tú querrás decir que andas buscando a una mujer a quien engañaste y que por tu culpa ha ido en canciones y burlas; a una mujer a quien pudiste salvar todavía cuando salía del hospital y a quien no quisiste salvar porque dudabas de ella... Pues bien, aquella Marieta se fué con la Asunción y yo no he vuelto a saber de ella; la que aquí vive es otra. Es una mujer honrada que fué víctima de un desaprensivo y que ya no se acuerda de aquel hombre más que para despreciarle y maldecirle.

PABLO. Tiene usted razón, señor Clemente para hablar así; pero déjeme verla porque, a pesar de todo, es mía y sólo mía.

CLEM. Admirable teoría... Tú conoces a una chica inocente, te gusta, te parece buena para tus diversiones y, cuando ya has

conseguido lo que te proponías, das media vuelta y la dejas abandonada con un hijo y permites que su honra ruede de boca en boca por todas las callejuelas de la ciudad. Pero, un día, sabes que esa mujer necesita tu apoyo y porque fué lo bastante buena para ocultar a un hombre perseguido y para negarse a entregarle a sus verdugos, la desprecias y la insultas con tus dudas injustificadas. Te ruego yo por ella, te ruegan tus amigos y tus compañeros, y no escuchas a nadie. Y ahora, cuando ya no necesita auxilio ninguno porque tiene el mío, cuando ya no precisa que la defiendan de la calumnia los brazos de un hombre porque me basto yo para defenderla, vienes, con tus manos lavadas, a decirme que Marieta es tuya:... Pues no. Tú no tienes mujer ni tienes hijo, se murieron para tí una tarde a la salida del Hospital de la Santa Cruz.

PABLO. Señor Clemente, yo estaba loco de celos. Sé que falté y vengo a pedir su perdón.

CLEM. Y si Marieta no encuentra un refugio en mi casa y se arroja con su hijo al mar ¿irías al cielo a pedirle perdón?

PABLO. Ya le digo a usted que estaba loco... *(Prestando atención.)* ¿Eh? ¿Qué es eso? Un niño que llora. Es mi hijo, ¿verdad? ¡Es mi hijo!

CLEM. No; ese niño que llora no tiene ningún padre. Nació donde nacen los hijos de la desgracia, los hijos de nadie.

PABLO. Déjeme que le vea, señor Clemente.

CLEM. ¿Verle? Te aseguro que no le verás.

PABLO. Déjeme pasar. Mire que voy a olvidarme de que estoy en su casa.

CLEM. He dicho que no le puedes ver.

PABLO. ¡Soy su padre!

CLEM. Tú serás su padre, pero el hijo es mío. No le verás.

PABLO. Pasaré por encima de usted, por encima de todos... (*Se abalanza sobre el señor Clemente. Este cae a tierra. De la alcoba salen Marieta, Cayetana, Nando y Jacinto.*)

MARI. ¡Pablo!

PABLO. (*Retrocediendo.*) ¡Marieta!

MARI. ¡Fuera de esta casa!

NANDO. ¡Fuera!

PABLO. Quiero ver a nuestro hijo.

MARI. ¡No!... ¡Fuera!... ¡A la calle!

CLEM. No, Marieta. Pablo viene por tí.

PABLO. Señor Clemente...

CLEM. El hombre que por un hijo es capaz de matar, merece ser padre de ese hijo. Ven Marieta; tu Pablo, el de la Fuente del Gato, ha vuelto. Aquí le tienes. Y tú, Pablo, cumple como debes; cásate con Marieta y mata para siempre la infame canción que una mala mujer echó sobre su honra. Y nunca olvides, al mirar a tu hijo, que por tu culpa, la noble Marieta fué durante un tiempo en Barcelona, la pobre Marieta de los ojos vivos...

(MUTACIÓN EN OSCURO)

CUADRO TERCERO

El Mirador de la Rosaleda en Monjuhich. Al fondo la Barcelona actual con los jardines de la Exposición.

Dos viejecitos, hombre y mujer, están sentados en un banco. Los «Tzgans» de la Fuente del Gato, ejecutan la popular canción.

VIEJO ¿Oyes? Es la canción del viejo tiempo. De labio en labio ha llegado a nosotros hasta transformarse en un cuplé... ¿Te acuerdas? Entonces eso eran campos y ahora son jardines... ¡Cuántos amores han empezado aquí!

VIEJA ¡Cuánto hace pensar la canción... ¡Qué viejos somos!

VIEJO Nosotros sí. Pero la canción no morirá nunca... Mira. (*Señalando a un soldado y a una muchacha que se sientan al otro lado haciéndose muy amartelados el amor.*)

VIEJA Marieta y Pablo...

VIEJO Tienes razón. Son como aquellos.

VIEJA También irá a la guerra este...

VIEJO También tendrá ella un hijo...

VIEJA Y llorarán .. Sufrirán... Serán después felices y el pueblo les cantará la canción. (*Dentro unas voces lejanas entonan la canción.*) ¿La oyes?...

VIEJO No morirá nunca. La hizo el pueblo y las cosas que hace el pueblo son eternas. (*Recitando por lo bajo.*)

«Baixant de la Font del Gat
una noia... una noia...
Baixant de la Font del Gat
una noia y un soldat...

(*Sigue recitando mientras la canción continúa a lo lejos y cae el telón con lentitud.*)

FIN DE LA OBRA

PRECIO, 3'50 PESETAS